Biblioteca Pública de Teruel

Sala

Estante

Signatura

FA 3613

BIBLIOTECA PUBLICA
TERUEL

COMENTARIOS DE UN ESPAÑOL

F.A. 3613

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

COMENTARIOS DE UN ESPAÑOL

POR

JUAN DE LA COSA

(SEGUNDA EDICIÓN)

BIBLIOTECA MUNICIPAL 44

ALCALDIA DE MIS DE LAS MATAS (TERUEL)

R 5378

R-4551

VALENCIA, 1947

ES PROPIEDAD

SEMANA GRÁFICA, S. A. — CONDE DE SALVATIERRA DE ALAVA, 20. - TELÉF. 17617. — VALENCIA

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

NOTA DE LA EDITORIAL

Con la autorización amablemente concedida de Radio Nacional de España, publicamos en este volumen una selección de artículos de Juan de la Cosa, radiados con los seudónimos de *Nauticus* y *Orión* en distintos programas de la gran emisora nacional.

BIBLIOTECA PÚBLICA TERUEL

I

EL MEDITERRÁNEO SOBRE EL TAPETE

Al fin de toda guerra los deseos de una paz indefinida se manifiestan más vivamente que nunca. Si ahora se hiciese un plebiscito *verdad* entre toda la Humanidad para condenar la guerra los resultados serían aplastantes. Pero no basta querer, hace falta poder. A la hora de la paz son los vencedores los únicos que pueden asegurarla; pero como los vencedores son varios, sus puntos de vista para asegurar esa soñada paz indefinida son distintos, porque cada uno quiere *su paz*, y por lo general, en el seno de las primeras conferencias convocadas para tratar de ella es donde empiezan ya a incubarse las futuras guerras, cada vez más brutales y de más desastrosos efectos para la pobre Humanidad.

¿Es que el hombre corre tras la paz, como en pos de la felicidad, persiguiendo una quimera, tratando de alcanzar un imposible, algo que no podrá ser realidad hasta el fin de los siglos? «Hasta que no cambie el corazón de los hombres —ha dicho hace poco un general americano a un grupo de periodistas— habrá guerras.» Compartimos su pesimismo. Los ángeles y arcángeles cantan la paz sobre la tierra, pero... la condicionan a

la buena voluntad de los hombres. «Paz en la tierra a los hombres de buena voluntad.» Para que haya *paz verdadera* es condición precisa y previa que exista *una positiva buena voluntad* entre los pueblos; y ¿puede existir ésta subsistiendo los odios, las ambiciones, las ansias de dominio, las creencias de superioridad, los ridículos *chauvinismes?;* ¿pueden desaparecer, por otra parte. estas causas de discordia, sin que exista una *moral común* entre todos los pueblos del orbe o, al menos, entre los que por su poder pudieran ser verdaderos árbitros de la paz indefinida?

Pocas personas habrá de tan encantadora ingenuidad que crean posible una paz indefinida después de estos seis años de horror. Estados Unidos, la U. R. S. S. e Inglaterra, las únicas potencias militares del globo, podrían asegurarla en una *entente* permanente y bajo la inspiración de una moral cristiana; pero esto es utopía pura. ¿Qué puntos de contacto tiene la moral soviética con la de los dos pueblos anglosajones?

Es inútil que el mundo se engañe y es grave que corra el riesgo de pagar caro el resistirse a ver la realidad. El ideal de la U. R. S. S. es un paneslavismo salvaje. Los hombres del Kremlín desean la paz, pero no conciben otra fórmula para lograrla que la desaparición de las naciones. Cuando todo el mundo esté regido por Gobiernos vasallos de Moscú; cuando llegue a constituirse la Gran República Soviética Universal y el planeta entero sea un inmenso imperio regido por la minoría del Politic-buró de Moscú, entonces habrá paz. Ahora bien; ¿se avienen los otros «dos grandes» con esta fórmula simplista? ¿No? Pues si no se conforman con esto es inútil hablar de paz. Hoy, el *enemigo* para Rusia, son sus dos aliados de ayer, y bien claro está cómo la U. R. S. S. desea lo que a estos dos últimos no conviene. La U. R. S. S. quiere situarse directa o indirectamente

en los Balcanes, en el Oriente próximo, en las costas de Libia, en el Canal de Sicilia y hasta en el Estrecho de Gibraltar (en el fondo de los ataques contra España hay un ataque encubierto a los intereses básicos de la Gran Bretaña). El Mediterráneo está sobre el tapete, y ya se habla en Moscú de que el *mare nostrum* ha de ser un «lago soviético»; pero por este lago, de extremo a extremo, y amenazado de flanco desde todos los puntos sobre los que la U. R. S. S. tiene decidido interés, discurre la ruta fundamental del Imperio británico: el camino de la India. ¡Cuánto cuesta, a la vista de un mapa, comulgar con ruedas de molino!

2 de octubre de 1945.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

II

LOS HORIZONTES DE LA PAZ

La primera reunión de ministros de Asuntos Exteriores, para empezar a poner los jalones de la paz perdurable que el mundo anhela después de estos seis años de inútil devastación, ha fracasado. El fracaso ha sido rotundo, según acaba de declarar Mr. Byrnes, quien ha señalado, de manera que no deja lugar a dudas, el motivo por el que la reunión ha tenido que ser suspendida sin haber llegado a concretar un sólo acuerdo. Tal motivo no es otro que el *no poder entenderse con los rusos.*

Según Mr. Dulles, asesor de Byrnes en la conferencia de Londres, los Soviets, fiados en la importancia que Norteamérica había, a su juicio, de conceder al mantenimiento de la unidad entre las tres grandes potencias, trataron de lograr el sacrificio, en aras de esa unidad, de los principios estadounidenses, pero se encontraron con que los Estados Unidos no están dispuestos a sacrificar ni sus principios, ni su amistad histórica con China y con Francia...

Todo lo que está pasando es lógico, y no cabe abrigar grandes esperanzas de que una nueva reunión de los tres jefes de Gobierno, Truman, Attlee y Stalin, mejore la situación. La cuestión

es una cuestión de fondo. Se trata de asegurar la paz, pero la paz la conciben de muy distinta manera los anglosajones y los rusos. Para éstos no hay más posibilidad de paz que la desaparición de las nacionalidades y que todo el mundo, con comisariados locales, sea regido por el poder supremo —la más brutal de las autocracias— del Politic-buró de Moscú. ¿Cómo es posible que conversación alguna conduzca a algo positivo, cuando lo que en el fondo quiere la U. R. S. S. es la Gran República Soviética Universal, para lo que preciso será primero convertir al Imperio británico y a la República de los Estados Unidos en sendos estados comunistas vasallos de Stalin?

Esto será todo lo duro y todo lo agrio que se quiera, pero es absolutamente cierto. La U. R. S. S. sigue su plan: Stalin y Molotov saben perfectamente adónde van, y hacia su objetivo caminan sin ningún tope moral. Nos cuesta concebir esto porque nuestro *occidentalismo* no puede comprender su *orientalismo* (*cristianismo* frente a *panteísmo* es lo que hay en el fondo del problema); pero es así.

Rusia es, en realidad, la culpable de la guerra que acaba de asolar al mundo entero. Sin su diabólica astucia del pacto de No agresión ruso-germano de agosto de 1939, la guerra no hubiera estallado, como no estalló en septiembre de 1938. Rusia ayudó a Alemania para derrotar a las naciones del occidente europeo, y después cayó sobre Alemania; se mantuvo neutral con el Japón —para que éste pudiera desgastar lo más posible a los Estados Unidos—, y a la hora del botín le declaró la guerra. Derrotadas e invadidas, todas las naciones de Europa (menos España y Portugal) están machacadas; sólo Inglaterra y Estados Unidos son hoy un peligro para la U. R. S. S. Los Soviets tratan por todos los medios de incitar a estas grandes potencias contra nosotros con el sarcasmo de sus escrúpulos democráticos, y a la

vez no pierden ocasión para debilitar a sus grandes aliados de ayer. Su táctica es el *chantage*. *Chantage* de paz separada con Alemania hubo en la guerra de Europa; *chantage* de ayuda al Japón en la del Pacífico. ¿Qué *chantage* se empleará ahora? ¿El de la revuelta de las masas proletarias? Seguramente; pero si ya no las sublevan es porque aun no pueden; este *chantage*, hoy por hoy, como la insinuación de que ya disponen de la bomba atómica, no es más que un *farol*. Mañana puede no serlo, y entonces no habrá poder humano que evite el derrumbamiento, en el más espantoso de los caos, de la civilización cristiana.

Si después de cortar una pierna por la rodilla, el médico se encuentra con que la gangrena está ya más arriba, no hay otra solución *que volver a cortar*. Si entonces se pretende, para no volver a la sala de operaciones, curar con píldoras o haciendo gárgaras, el enfermo morirá sin remisión.

9 de octubre de 1945.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

III

LA HISPANIDAD Y EL MOMENTO ACTUAL

Lo que tiene menos importancia en la efeméride histórica conmemorada el pasado día 12 es el hecho en sí del magno descubrimiento geográfico. Lo verdaderamente trascendental y lo que verdaderamente constituye para España un timbre de gloria, *único* en el mundo, de dimensiones tales que ya ninguna nación puede ni soñar en aspirar a nada semejante, es la consecuencia, en el orden espiritual, de tal descubrimiento.

Si los «indios» que encontraron Colón y sus hombres al arribar con sus tres carabelas a las costas que ellos creyeron las tierras del Gran Kan, siguiesen siendo «indios» y adorando a sus absurdas divinidades, y si la gran extensión americana que se extiende de Cabo San Diego al Cabo de Hornos constituyera hoy un imperio colonial español, o de cualquier otra nación que posteriormente lo hubiese conquistado, sin más fin que conseguir la más técnica y eficaz explotación material de sus riquezas y sin mezclar su sangre con la de los indígenas para conservar a éstos en su categoría de raza inferior fácilmente dominable, la fecha del 12 de octubre sería muy poca cosa.

Lo trascendental de la Hispanidad es que aquellas carabe-

las eran de una reina para la que los pobres indios, encontrados en el más primitivo estado de barbarie, fueron desde el primer día «nuestros hermanos los indios», tan hijos de Dios como ella misma, con un alma exactamente igual que la suya, que podía salvarse y gozar de la Eterna gloria; y España, lejos de explotar a aquellos seres, como otras naciones han explotado después, y siguen explotando, a las «razas de color», se fundió con ellos, les dió su sangre, su lengua, su cultura y su religión, y al cabo de cuatro siglos aquellas masas de salvajes se agrupan en naciones cristianas del mismo nivel de civilización que los estados europeos.

Un Pontífice romano marcó por un meridiano las zonas del Nuevo Mundo que España y Portugal habían de cristianizar; las dos naciones iberas sembraron catolicismo, y ahí está la magnífica cosecha de una América católica. ¿Quién ha hecho nada semejante desde que el mundo es mundo?

Por eso es ridícula y absurda nuestra leyenda negra. ¿Nosotros explotadores, tiranos y *racistas?* ¿Quién ha dado más, recibiendo menos?; ¿quién ha tratado a los pueblos de color con amor de hermano?; ¿quién ha tenido menos preocupaciones raciales que los españoles en su conquista americana? Pero esto es precisamente lo que no nos perdonan los enemigos de la Iglesia católica. Por eso la leyenda negra de ayer y la leyenda negra de hoy. Colón era italiano, se dice con la aviesa intención de mermar la gloria de España. Supongamos que lo fuese, y ¿qué? La empresa fué española; la Reina que la impulsó, española; el dinero, español; los soldados, marinos y misioneros, españoles; los nombres que hoy llevan los cultos ciudadanos americanos son españoles. La gloria de España es indiscutible, y tan lo es, que por ello se la ataca hoy de la forma más vil en que pueblo alguno fué jamás atacado. España es atacada

exclusivamente por su *catolicismo;* se pretende contra ella precisamente lo contrario que ella hizo en tierras americanas. La Masonería y el Comunismo, los dos grandes enemigos de la Iglesia católica, quieren convertirnos, o en una República laica —pasando, si necesario fuera, por una Monarquía liberal *puente*—, o en una República soviética vasalla de Moscú. Por eso se atacan instituciones y personas con las más burdas de las calumnias; por eso no se quiere que las gentes de buena fe de fuera vengan y vean lo que es la realidad española, y por eso conviene que los españoles sientan el orgullo de lo que son y no incurran en el papanatismo de dejarse seducir por cantos de sirena.

16 de octubre de 1945.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

IV

LA REALIDAD DEL PROBLEMA MUNDIAL

Míster Bevin, ministro de Asuntos Exteriores del Gobierno británico, que viene dando en sus declaraciones pruebas de un positivo sentido común, lo que es poco frecuente en los tiempos que corren, ha manifestado hace poco que si se quiere encontrar una fórmula para mejorar la doliente situación del mundo, es preciso, como condición previa, que «las grandes potencias, por encima de todo, *pongan las cartas boca arriba sobre la mesa*».

Evidentemente, nada tan lógico como este deseo del ministro laborista, pero, a la vez, nada tan utópico como su realización, habida cuenta de que entre las «grandes potencias» se encuentra la U. R. S. S. Después de una guerra de las terribles dimensiones de la que acaba de terminar, sólo los grandes vencedores pueden dar orientación para el futuro de la Humanidad. En esto está su gran responsabilidad, y de su acierto no sólo depende la paz futura, sino el que su victoria sea realmente *una Victoria*. Para arreglar el futuro del mundo los vencidos no cuentan y los neutrales son pocos y no se les escucha. El arreglo depende de los vencedores, pero... afecta a todos. Los

Estados Unidos, la Gran Bretaña y la U. R. S. S. son los árbitros del futuro del mundo, y la primera premisa a establecer para empezar a *elaborar en serio* y eficazmente, es que cada cual diga lo que quiere; que concrete cuál es la meta que persigue, es decir, que *ponga sus cartas boca arriba,* como quiere Mr. Bevin: pero ¿acaso puede hacerlo la U. R. S. S.? ¿Puede la Unión Soviética confesar que su ideal es un mundo de gobiernos *quislings* vasallos de Moscú? Lo primero que hace falta es concretar si el mundo va a seguir siendo un conjunto de naciones soberanas, con sus relaciones regladas por los conceptos básicos de la civilización cristiana, o si se arrasa todo esto para llegar a la Gran República Soviética Universal, a la «Gran Noche» de Engels, de Marx y de Lenín, y el mundo entero se convierte en una inmensa autocracia regida por un Zar rojo desde Moscú.

Dentro de la más pura y avanzada concepción democrática se podrán admitir las más dispares opiniones en orden a la más conveniente política para el Gobierno de una nación, pero lo que no puede admitirse nunca es la opinión que tenga por base la negación de ese concepto de nación. Esto va contra el sentido común. ¿Qué pretenden los partidos comunistas de todas las naciones? Alcanzar el poder, para una vez en él entregar a su patria al vasallaje de Moscú, es decir, *servir* al más brutal imperialismo que conocieron los siglos. ¿Es racional *dejar hacer* ante el inmenso peligro que amenaza a nuestra civilización? Porque la U. R. S. S. va a dominar el mundo valiéndose de una energía quizá más poderosa que la atómica, que es la de la rebeldía ante la injusticia social. Ha tenido la habilidad de canalizarla hacia sus fines imperialistas y de reforzarla mediante una guerra mundial que ella hizo posible (¡aquel famoso pacto germano-ruso de agosto de 1939!); y ahora se encuentra ya en

el camino de su *desideratum* de esclavizar a la masa proletaria del mundo entero, a la que arteramente engaña con su fingida protección. Le estorban la potencia de la Gran Bretaña y de los Estados Unidos, y hace cuanto puede por enfrentarlas. Si lo consigue el mundo está perdido..., salvo que Dios disponga que el gran monstruo soviético se debilite por interna descomposición.

De todas formas, las cartas de la U. R. S. S. están más que vistas. Que Truman y Attlee se enseñen las suyas sin recelos, ni *pequeñeces* de zonas de hegemonías y de mayor o menor categoría en la jerarquía de las naciones. Sálvese la Civilización cristiana de la enorme amenaza que sobre ella se cierne, que todo lo demás se arreglará sólo con buena voluntad y *haciendo desaparecer las causas que provocan la justa rebeldía ante la injusticia social*. Con ello se servirá la causa de Dios, se aniquilará la fuerza propulsora del imperialismo ruso y el mundo podrá vivir en paz.

Todas las patrias peligran hoy de invasión comunista; todas tienen dentro el caballo de Troya; todas, por desgracia, tienen en su seno la injusticia social. Nunca el peligro ha sido tan común para todas las naciones. ¿Fórmula de salvación? Pues también igual para todos: orden interior, anticomunismo, labor social y solidaridad ante el enemigo común. ¿Bloque occidental? ¿Bloque atlántico? Lo mismo da. Si el peligro se reconoce, la solución caerá por su peso. Lo que hace falta es no hacer el avestruz, no creer en la eficacia de los paños calientes y no olvidar la fábula de los conejos de Samaniego.

En estas disputas, llegan mis dos perros,
y cogen descuidados a mis dos conejos.

13 de noviembre de 1945.

V

EL PROBLEMA DEL IRÁN

Por si había pocos problemas ya en el mundo como consecuencia de la gran tragedia que éste acaba de sufrir, surge ahora uno nuevo al resucitarse las viejas polémicas sobre las influencias en el Oriente Medio.

En el Azerbaiyan, qué es una parte de las provincias del norte del Irán, que los rusos ocupan desde la entrada de la U. R. S. S. en la guerra, se crea un partido político que se llama el «Tudeh», partido del «proletario» o partido comunista persa, sin eufemismos, que, armado y organizado por los Soviets, se subleva contra el Gobierno de Teherán. El «Tudeh» quiere la independencia del Azerbaiyan persa, para fundirse con el Azerbaiyan armenio, que es hoy una República federal soviética, y constituir el conjunto otra República federal mayor, vasalla de Moscú. El Gobierno de Teherán ha tratado de reprimir por las armas este movimiento separatista, que más bien pudiera calificarse de *movimiento desertor*, pero los soldados de la U. R. S. S. han impedido la entrada en la zona que hoy ocupan, con carácter eventual, a las tropas iranianas. ¿Está la cosa clara? Stalin pretende una Persia rusa y va a conseguirla valiéndose de cual-

quier procedimiento. Ahora bien; una Persia rusa es una doble amenaza para Inglaterra. Es colocarse la U. R. S. S. sobre la *ruta imperial* de la India y es poner la mano sobre los petróleos persas, como ya la ha puesto sobre los rumanos. Si Rusia se queda con la producción de petróleo del viejo mundo y si se sitúa sobre las comunicaciones marítimas que ligan el Atlántico con el Indico y con el Extremo Oriente, pondrá los más firmes cimientos de un *imperialismo ruso*, hacia el que camina a ojos vistos y con un ritmo que, como el de todo avance, es inversamente proporcional a la resistencia que encuentra en su camino.

«Si las grandes potencias —ha dicho Mr. Bevin el pasado viernes en los Comunes— dijeran exactamente lo que desean en lo que respecta a territorios, bases o cualquier otra cosa, se podrían examinar las cuestiones objeto de la desconfianza. Si cualquier potencia, grande o pequeña, desconfía de la Gran Bretaña, la invito a que me diga francamente cuáles son sus sospechas y en qué se fundan. Yo, también con franqueza, responderé en la forma más adecuada. También quiero decir a todos los países extranjeros que sólo la absoluta franqueza podrá eliminar las sospechas en lo que se refiere a nuestras respectivas políticas.»

Nos entusiasman los métodos dialécticos de Mr. Bevin. Sí, señor; no es posible conseguir acuerdos eficaces para la paz del mundo si las conversaciones se desarrollan en un ambiente de desconfianza, y ésta existirá siempre si las partes que discuten no hablan con franqueza. Es la diferencia que existe entre una negociación de caballeros y el «chalaneo». Quien obra de buena fe no tiene inconveniente en enseñar sus cartas; el «chalán» se guardará muy bien de hacerlo, porque precisamente a lo que él va es a engañar.

¿Cómo va Rusia a hablar con franqueza? Para ello tendría que decir: «Mi régimen político, que ha subsistido mientras he mantenido a la nación aislada como si estuviera en otro planeta, se deshace al contacto con el exterior como el bloque de hielo que se pone al sol; mi régimen se basa en el engaño de las masas proletarias, porque la fuerza de su rebeldía ante la injusticia social la quiero utilizar no para hacer esa justicia que ellas anhelan, sino en provecho exclusivo de Rusia. Para salvar el régimen comunista tengo que dominar al mundo, y a ello voy. Los partidos comunistas, que ustedes admiten y dejan actuar con una candidez democrática de la que yo me río, no tienen más misión que apoderarse del poder para constituir gobiernos *quislings* que obedecerán ciegamente a Moscú. Mi meta es el mundo entero, gobernado por un autócrata ruso. Pretendo realizar lo que ni siquiera se atrevió a soñar el más ambicioso de los Zares. En cuanto a la democracia, ni creo en ella, ni, naturalmente, la practico. Ahora bien; la propugno para los demás, porque a ustedes les debilita, y esto es lo que yo busco.»

Esto sería hablar con franqueza del lado ruso, pero no hay que esperarlo, y bueno será el pensar en hacer frente a un peligro que no puede estar más claro y que a todos afecta.

27 de noviembre de 1945.

VI

EL ÚLTIMO DEFENSOR DEL IMPERIO ESPAÑOL

Ayer recibieron cristiana sepultura los restos mortales del anciano general Martín Cerezo.

Seguramente, pocos habrán sido los que al ver desfilar el cortejo fúnebre, en cuyo duelo el ministro del Ejército ostentaba la representación del Caudillo de España, se dieran cuenta de que se trataba del entierro del defensor del último reducto del Imperio español de Ultramar.

En 1898 se consumó la gran traición de la Masonería contra España. Una gran mayoría del Parlamento español de entonces pertenecía a las sectas masónicas, y obedeciendo a ellas, contra su propia Patria, urdió la conjura para despojar a ésta de los últimos jirones de su Imperio. La Masonería, enemiga de España por cuanto España ha sido, y es, el más firme baluarte del Catolicismo en el mundo, «construyó» la calumnia que fué el pretexto del despojo. Se fué a una guerra con espíritu de derrota por parte del Gobierno y, en contra de la elevada moral del Ejército, el despojo se consumó.

Cuando el general Blanco recibe la orden de rendirse, contesta al Gobierno que el Ejército quería combatir y que se consi-

deraba con fuerzas para hacerlo, no juzgando que la situación había llegado al extremo de requerir tales medidas; pero a pesar de ello, el entonces Gobierno de España entregó la isla de Cuba, siendo incapaz, en su miseria moral, hasta de reconocer lo que el propio enemigo reconocía: el alto espíritu de los soldados españoles, tan brillantemente manifestado en el Caney y en Santiago.

Los comisionados de España para las conferencias de París no llevaban a éstas otra autorización de aquel desdichado Parlamento que la de tratar de la rendición de la isla de Cuba, pero, ya en París, aquellos traidores a su Patria, obedeciendo siniestras consignas, se excedieron en sus atribuciones y acordaron también la entrega del archipiélago filipino.

En el pueblo de Baler, un grupo de españoles mandados por el capitán Lasmorenas y el teniente Martín Cerezo, no quisieron creer en la orden de rendición. Les pareció tan monstruoso que España abandonase aquellos territorios sin combatir, que sin escuchar más voz que la de su conciencia de españoles se hicieron fuertes en la pequeña iglesia del pueblo, y durante varios meses después de consumada la traición, aquel puñado de valientes, ante el asombro creciente de sus atacantes, mantuvo enhiesta la bandera de España hasta el límite de su capacidad física.

Martín Cerezo, superviviente de aquella epopeya, tuvo después ocasión de ver que la criminal conjura no había aún terminado, y ya anciano oyó hablar, estremecido de horror, de que el Gobierno de la República intentaba hacer almoneda del propio solar hispano. Meses más tarde, cuando el 18 de julio de 1936 se inicia nuestra Cruzada de liberación, el viejo general se tranquiliza. El espíritu de la iglesia de Baler no ha muerto, sino que reaparece pujante en una juventud admirable que barre a los traidores, salvando a la Patria.

El alma del general Martín Cerezo, a la que Dios habrá dado el premio de los héroes, puede descansar tranquila. En España ya no habrá jamás claudicaciones deshonrosas. Existirán aún minorías blanduchas que heredaron la tara de la generación que consumó la traición del 98, pero los combatientes de la Cruzada, sus hijos y toda la juventud y los ejércitos de España, viven firmemente decididos a morir con las botas puestas antes que consentir en indignidades.

El mundo nada tiene que temer de España, a la que sólo beneficios debe, pero si alguien la cree fácil presa de apetitos inconfesables o de pasiones sectarias, bueno será que sepa que hoy *toda España* es la pequeña iglesia de Baler.

4 de diciembre de 1945.

BIBLIOTECA PÚBLICA TERUEL

VII

EN TORNO A NUREMBERG

La Justicia, si no persigue como meta la *ejemplaridad,* se convierte en un instrumento de *venganza,* que es una de las más bajas pasiones humanas; si además es venal, puede llegar hasta el crimen.

Imaginad un hombre que ha perdido un pleito. Por sentencia firme resolutoria del mismo se le quita un pedazo de su propiedad y se le entrega a otro. El hombre no se aviene con esta decisión; la juzga injusta y la califica de despojo. Clama contra la sentencia; recurre; solicita la revisión, y agota, sin éxito, todas las fórmulas legales. Un día decide tomarse la justicia por su mano: caer contra quien detenta lo que estima de su propiedad y arrebatárselo por las malas. Pero para llevar a cabo esta acción de fuerza se asocia con un tercero, con el que llega a un acuerdo concreto: entre los dos se repartirán todas las propiedades del favorecido por la sentencia del pleito. Y como lo deciden, lo hacen. Un buen día cada uno entra por un lado de la finca de éste y se la reparten buenamente. No sólo ha sido reivindicada la parte del litigio, sino que la totalidad de las tierras del atacado han sido liquidadas.

Se trata, evidentemente, de una agresión. El hombre que se tomó la justicia por su mano va a ser juzgado de nuevo; pero ¿qué diríais si os encontraseis en el tribunal como juez al que se asoció con él para el despojo, que detenta ahora toda la propiedad asaltada y que se ha apoderado, además, por los mismos procedimientos de otras fincas de distintos dueños?

Pues tal es, sin eufemismos, el caso de que se ha ocupado en estos días el tribunal de Nuremberg.

La sentencia de Versalles entrega el famoso pasillo de Danzig a Polonia. Alemania lo reivindica durante veinte años; no se le devuelve y lo toma por las malas. Para ello se asocia con Rusia, y entre las dos se reparten a la desdichada Polonia. Hoy se juzga a Alemania por tal agresión, pero uno de los jueces es Rusia, que no sólo se ha quedado con la totalidad del desgraciado Estado católico, sino que, además, se ha *merendado* a Estonia, Lituania, Letonia, Rumania, Yugoeslavia y a la casi totalidad de Hungría y Finlandia, y que, con apetito insaciable, tiende sus garras hacia China, Persia y contra lo que constituyen las propiedades básicas de sus otros compañeros de tribunal. ¿Qué puede pensar de estos hechos el hombre que firmemente cree que, si se anulan los *valores morales,* la vida en el mundo tendrá las mismas características dramáticas que la de las fieras en la jungla?

Otra cuestión a considerar en torno al asunto que nos ocupa, es el de la *responsabilidad* de los hombres que hoy se sientan en el banquillo de los acusados de Nuremberg, y a los que la información gráfica exhibe, ante un plato de rancho, en una mesa de pino.

Se trata de militares y diplomáticos que aplicaron su actividad profesional al servicio de las misiones que les encomendó quien en su patria asumía la máxima jerarquía. ¿Debieron dis-

cutirlas? ¿Debieron traicionarlas? ¿Es esto lo que se ventila? Si así es, la jurisprudencia va a ser fatal.

Los agentes secretos norteamericanos terminan sus informes con este lema: «Con los Estados Unidos, con razón o sin ella.» Perfecto. Sí, señor; con la Patria, como con la madre, se está siempre, con razón o sin ella, pero es lógico que todos los ciudadanos tengan el mismo amor a su Patria, que el que todos los hombres dignos de tal nombre tienen a su madre.

El responsable de todas las decisiones de Alemania era un hombre que murió en el asalto a Berlín, ¿es justo transferir la responsabilidad a los soldados o a los diplomáticos que obedecieron sus órdenes en servicio de Alemania?

Pensemos, por ejemplo, que, como consecuencia de la cuestión de Persia, el Gobierno británico, que es quien asume la *personalidad jurídica* de la nación inglesa, tomara la decisión de enviar un ejército al Irán para rechazar a los rusos hacia el Norte, aun a riesgo de empeñarse en guerra con la U. R. S. S. ¿Sería admisible que el general encargado de esta misión discutiera la orden so pretexto de que, si perdía la guerra, le iban a sentar a él en el banquillo, haciéndolo responsable de la decisión?

Tal como están las cosas no parece que los generales y almirantes juzgados en Nuremberg puedan ser absueltos, como no demuestren que hicieron traición a las órdenes de Hitler. ¿Es que Montgomery, Cunningham, Nimitz y Eisenhower podrían demostrar esto si los aliados hubieran perdido la guerra —cosa que sólo de los altos designios de Dios dependía— y ellos fueran hoy los juzgados?

¡Qué triste es la paz de esta guerra! El mundo ha salido de ella nervioso, malhumorado, intratable, haciendo tabla rasa de los conceptos más elementales de convivencia y hasta de las

fórmulas más primarias de educación. Ha sido mucha la conmoción sufrida. Sólo así se explican los disparates que se escuchan, los absurdos que pretenden imponerse, las intromisiones inadmisibles en completa oposición con declaraciones formales, y hasta los exabruptos intolerables de ciertas personalidades del mayor relieve actual.

¡Dios quiera que se supere pronto esta crisis, que no dudamos en calificar de psíquica! De lo contrario, acabaremos devorándonos unos a otros como las bestias de la jungla.

11 de diciembre de 1945.

VIII

LO QUE PUDO PASAR

A veces es interesante especular sobre «lo que pudo pasar». Interesante y aleccionador. Sustituir uno de los términos de la situación inicial de un proceso histórico y analizar las alteraciones que lógicamente se hubieran producido en él, a base del cambio hipotético establecido en la situación de partida, suele conducir a curiosas conclusiones.

He aquí un tema: ¿Cuál hubiera sido el desarrollo de la segunda guerra mundial si en 1936 no tiene lugar en España el Movimiento Nacional?

Imaginemos que en septiembre de 1939 hubiera habido en España un Gobierno similar al existente en el invierno de 1936, es decir, un Gobierno de *frente popular,* hermano gemelo del *du front populairè* que en esa fecha regía los destinos de Francia, hijos ambos de la astucia soviética. Ya tenemos planteado el problema de una manera distinta, con la sola alteración de un término. Razonemos ahora con lógica.

La primera conclusión es evidente: España hubiera ido a la guerra contra Alemania, al lado de Francia y de la Gran Bretaña; pero ¿en qué condiciones? ¿Cuál era el potencial bélico

que España hubiera podido aportar? Sus *ocho divisiones orgánicas*, fruto de la *trituración* azañista, carecían de armamento y de instrucción; la disciplina estaba relajada en términos graves y hubiéramos tenido también nuestro Thorez. Entonces Alemania era amiga de Rusia, y el doctor Negrín y los capitostes del comunismo español hubieran *desertado* para huir de la guerra y refugiarse en la U. R. S. S. Los comunistas menos destacados no hubieran podido desertar, pero, movilizados, habrían sido el germen del derrotismo en el seno de las mal dotadas unidades que, a las órdenes de los generales republicanos (Miaja y compañía), España hubiera tenido que enviar a Francia para ser situadas en el flanco izquierdo de la línea Maginot. La totalidad de la capacidad bélica española de aquellos tiempos habría sido enviada a Francia, y fatalmente aniquilada con el ejército francés, el belga y el cuerpo expedicionario británico. Nuestras gentes se hubieran batido bien, porque el español es bravo por naturaleza, pero ante la avalancha de la Wehrmacht en los campos de la Europa occidental, durante la primavera de 1940, la aportación española hubiera sido una gota de agua en el torrente de la *débâcle* aliada.

¿Hubiera capitulado el Gobierno de España, al mismo tiempo que el francés, en junio de 1940? Probablemente, sí; pero en todo caso su rendición sólo se habría retrasado días, porque al llegar los alemanes a los Pirineos hubieran encontrado una España ya sin Ejército y totalmente inerme. El avance de las divisiones germanas hacia el Estrecho de Gibraltar no hubiera podido tropezar con ninguna resistencia seria. Por otra parte, es indudable que la rota de Dunkerque habría coincidido con los primeros vuelos de los stukas de la Luftwaffe sobre la base inglesa del Estrecho.

Situados los alemanes en junio de 1940 en la orilla norte del

Estrecho, ocupado Gibraltar e invadido Portugal (pues huelga decir que por razones de tipo geográfico y de indefensión nuestros vecinos hubieran sido arrastrados a la catástrofe), los alemanes hubieran pasado a Africa, y las condiciones del armisticio con Francia hubieran sido muy distintas, ya que hubiera sido físicamente posible la ocupación militar del Estrecho de Gibraltar, de Baleares, de Marruecos, Argelia y Túnez y el dominio del Canal de Sicilia.

La situación se hubiera diferenciado de la que fué realmente en tres hechos fundamentales: el ejército francés de Africa habría desaparecido; alemanes e italianos habrían tenido *dos puentes* para pasar a Africa (el Estrecho de Gibraltar y el Canal de Sicilia), y quizá la flota francesa hubiera pasado a manos del Eje, con lo cual es evidente que Rommel no se hubiera visto detenido en el Alamein y que los ingleses habrían sido expulsados del Mediterráneo, quedando el Oriente próximo bajo el control del Eje... ¿Qué hubiera pasado entonces? Pues es muy posible que Stalin hubiera jugado decididamente la carta de Hitler, y es muy posible también que los Estados Unidos no hubieran entrado en la guerra, viéndose obligada Inglaterra a una paz de compromiso como mal menor.

Pero pongamos las cosas en lo mejor, y admitamos la entrada en guerra de la U. R. S. S. y de los Estados Unidos. ¿Es que con el ejército del Eje en toda el Africa del Norte, dominando todas las puertas del Mediterráneo y sin ejército francés en Africa, hubiera sido posible el desembarco de los aliados en el continente negro y la derrota de la moral italiana? Llevemos las concesiones al límite y admitamos que España hubiera sido *liberada*. ¿Cuál sería su situación actual? Pues, sin paliativos, hoy sería la península ibérica el foco comunista de mayor importancia de la Europa occidental, lo que para los anglosajones,

y sobre todo para Inglaterra, representaría un problema de la mayor gravedad.

Pues bien, gracias al Movimiento Nacional, en junio de 1940 los alemanes se encontraron al llegar a los Pirineos con un pueblo aguerrido que había recuperado el concepto de la dignidad nacional, que, prefiriendo morir a ser cipayo, estaba dispuesto a batirse con el beligerante que pisase su suelo, fuese quien fuese, para defender los derechos de su neutralidad y los sagrados intereses de España, que estaban al margen del pleito que se debatía con las armas, y... los alemanes quedaron detenidos en el Pirineo. La neutralidad española, respaldada por el prestigio de sus soldados y de su Caudillo, logró lo que no habían podido conseguir las armas aliadas: poner un dique al alud de la Wehrmacht.

Estas son realidades que nadie, que de buena fe sea capaz de discurrir sobre un mapa, podría rebatir.

El Caudillo no pensó más que en los intereses de España, pero... si yo fuese inglés le guardaría el más profundo reconocimiento.

18 de diciembre de 1945.

BIBLIOTECA PUBLICA
TERUEL

IX

LA AGRESIÓN

En los días que vivimos de esta áspera postguerra se está barajando constantemente el término *agresión*, y ¿qué es agresión? El Diccionario da a esta palabra el significado de ataque injusto y define al *agresor* como «el que acomete injustamente».

La agresión, pues, en su auténtico concepto gramatical, es condenable por toda conciencia honrada, por cuanto es siempre el ataque sin razón del fuerte al más débil. No hay ser humano normal a quien no repugne el espectáculo callejero de ver a un hombrón apaleando a un niño para arrebatarle algo que es suyo, pero tampoco cabría mayor sarcasmo que el que este bárbaro se rasgara después las vestiduras horrorizado ante la consumación de hechos semejantes.

Condénese la agresión. Es justo y honrado. Pero seamos congruentes y condenemos todas las agresiones: las consumadas por los ya caídos, las que realizaron los otros y... las que se están realizando. Si Alemania agredió a Polonia, condénese a Alemania, pero condénese igualmente a la U. R. S. S. que atacó por la espalda a Polonia cuando ésta estaba ya inerme y firmó con Alemania el tratado de amistad y fronteras del 28 de sep-

tiembre de 1939, para consolidar el reparto de la nación polaca; condénese asimismo las *agresiones* contra Estonia, Letonia y Lituania, ya que los *pactos* del 24 de septiembre, del 2 de octubre y del 10 del mismo mes de 1939, mediante los cuales la U. R. S. S. logró bases y territorios en estos Estados, no fueron sino abusos de fuerzas, y, sobre todo, condénese la bárbara agresión a Finlandia, atacada sin justificación ninguna por los Soviets en diciembre del mismo año. La historia del mundo no registra un acto de mayor brutalidad que éste, ni figura alguna ha despertado mayores simpatías entre los «civilizados» como la del bravo mariscal Mannerhein, defendiendo a su pequeño país de los zarpazos del oso moscovita.

En los códigos morales no puede haber excepciones para los poderosos, porque si las hay se consuma un abuso de fuerza, es decir, una verdadera agresión contra la *moral*, que ante Dios y ante la Historia no es más que una y no admite matices.

En orden a la agresión, caben otras consideraciones de la mayor importancia. Lo recusable en ella es la intención, más que la forma de ejecución. A un hombre se le mata de una puñalada a pecho descubierto y de un tiro por la espalda, pero también haciéndole injerir todos los días dosis crecientes de arsénico mezcladas a traición en su desayuno. La agresión contra una nación no es sólo la invasión de su territorio por las armas, sino también el fomentar cuanto contribuya a debilitarla. Las campañas calumniosas, la propaganda a base de mentiras, los insultos consentidos, las violaciones de la extraterritorialidad reglada para organizar y fomentar la subversión interna, la *vista gorda* a los contrabandos de armas y de propaganda revolucionaria, las complacencias con los agentes perturbadores de su orden interior, etc., son el *veneno*, el venenito administrado

a diario, arma de la agresión traidora, tan condenable o más, si cabe, como el descarado acto de violencia armada.

La única diferencia entre estos dos tipos de agresión estriba en las posibilidades de reacción por parte del agredido. Contra el ataque brutal por la fuerza no cabe otra actitud digna que la de los valientes finlandeses, formando el cuadro en derredor de su Mariscal en el istmo de Carelia. Contra la agresión por el veneno existe la solución, más fácil, de no injerir la droga. El hombre que sabe que todos los días le mezclan arsénico en su desayuno, hará bien en no tomárselo y arrojarlo con gesto displicente en la basura.

Brindamos esta fórmula sencilla, como todas las eficaces, a los que se impresionan con lo que ha dicho Fulánez o Mengánez, la radio A o el periódico B, con respecto a España. No hay que amedrantarse, mis buenos amigos; no hay por qué pasarse el día preocupados y sin ánimo para el trabajo, propalando las feroces amenazas escuchadas, con la intención egoísta de que un «optimista» os quite el mal sabor de boca. Se trata del veneno comprado con el oro y las piedras robadas en España por los rojos; fué mucho, y la contumacia en el intento de envenenamiento guarda la justa proporción.

España es una nación soberana que ha recuperado totalmente, y para siempre, el concepto de su dignidad, dispuesta a tratar sobre esta base de todo cuanto convenga a la paz y al bienestar del mundo por el que tanto ha hecho, pero contra la que no caben intentos de vasallaje. En cuanto al *venenito* que nos tratan de hacer injerir los traidores que desde el extranjero atentan contra su Patria, ya sabéis, es muy fácil..., ¡a la basura!

26 de diciembre de 1945.

X

LA LIBERTAD DE PRENSA

El viejo cuento de la gallina y el huevo puede aplicarse a la prensa y a la opinión. ¿Es la opinión la que hace la prensa, o es la prensa la que forma la opinión? Los que sostienen la necesidad de una libertad absoluta en la prensa, esto es, que los periódicos o las emisiones de radio puedan decir de lo divino y lo humano cuanto les venga en gana sin control ni limitación, para que la *opinión* general de las gentes pueda manifestarse, propugnan, a sabiendas o inconscientemente, la más burda de las utopías.

El hombre lee los periódicos o escucha la radio para enterarse de lo que desconoce, y, evidentemente, su opinión se forma a base de lo que unos y otras le dicen, y cuando ya tiene su opinión, buena o mala, sobre un asunto determinado, si no dispone de un periódico donde exponerla se la tiene que guardar cuidadosamente o limitar su difusión al reducido círculo de sus amistades, si éstas se avienen a soportarle *el disco*. Si todos los hombres entendieran de todo, es decir, si fueran dotados al nacer de la «ciencia infusa», los periódicos no tendrían razón de existir; nadie los necesitaría más que como papel para en-

volver y otros usos, y les sobraría la letra de imprenta. Pero si, aun en este caso, se quisiera que la *opinión general* se manifestara, entonces sería preciso que todos y cada uno de los ciudadanos de una nación hiciesen *su* periódico.

No hace falta esforzarse mucho para reconocer que es la prensa la que forma la opinión, y no lo contrario, y que, por tanto, la prensa es un elemento, quizá el de más eficacia, para la educación de las gentes, y si es así, ¿es lógico que el Estado no ejerza el menor control sobre lo que diga, que será siempre lo *que quiera el dueño del periódico?* ¿El Estado, que reglamenta la circulación por las carreteras para que los ciudadanos no se estrellen y establece medidas sanitarias en los mataderos para que los carniceros no les intoxiquen, debe dejar impasible que les envenenen si quieren, en su moral y en sus sentimientos, los dueños de los periódicos? ¿Es esto lógico? A todo el mundo le parece muy natural que el Estado intervenga en la enseñanza profesional y que para dar a un señor el título de médico o de arquitecto, sin los que no puede ejercer su profesión, unos funcionarios del Estado aquilaten lo que sabe, y en cambio, los liberales sostienen que los periódicos, que son los que realizan la función educadora más importante, que es la del pueblo, virgen de cultura y donde todo prende, pueden decir lo que les apetezca, y maniobrar con la mentira y la calumnia sin que nadie ponga coto a sus desafueros. ¿Es que esos señores liberales mandarían sus hijas a un colegio donde la profesora tuviera libertad para explicar lo que le pareciera, y un día les hablara del calor del polo Sur y al otro de las ventajas del amor libre o de las delicias del alcoholismo? ¿Es lógico admitir que la conciencia de un pueblo se forme según la voluntad de media docena de personas que tengan dinero para comprar todos los periódicos de la nación? Llevemos la cosa a un límite

posible. Supongamos que un solo señor tenga dinero bastante para comprar toda la prensa de un país, ¿cabría mayor *totalitarismo* que la opinión popular se manifestase a través de la voluntad de un solo hombre, que podría, incluso, estar vendido a una potencia extranjera?

En el año que acaba de pasar un gran sector de la prensa mundial ha dicho de España lo que han querido los que le han pagado, que han sido precisamente los enemigos de España. Los lectores de esos periódicos saben de nosotros las calumnias más inicuas y las mentiras más desvergonzadas. El precio de esta iniquidad ha sido, para colmo, el fruto del robo a los propios españoles. ¡Lucido timbre de gloria para la civilización de los tiempos que corren!

Los españoles han podido responder duramente y con acritud a esta infame campaña. Nos sobra gracia para poner en caricatura al lucero del alba y mordacidad para, sin faltar a la verdad, sacar punta de todo, que a fe que hay temas, pero el Estado español, que tiene de la libertad el debido y ponderado concepto, y rinde culto a la caballerosidad y a la hidalguía en las relaciones entre los pueblos, lo ha impedido.

Esta es la diferencia que existe entre una prensa al servicio de quien la pague y una prensa al servicio de una nación.

3 de enero de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

XI

EL «PROBLEMA ESPAÑOL»

Si un marciano —dicen que existen— viniera a la Tierra, y su capacidad de atención le permitiera leer toda la prensa de nuestro planeta y escuchar todas sus emisiones de radio durante dos o tres días, su juicio sobre la situación mundial sería realmente curioso. Se imaginaría un mundo tranquilo y en paz, lleno de buena fe y pletórico de las más honradas intenciones, pero inquieto y preocupado ante el *peligro* de una sola nación enclavada en una pequeña península. El marciano en cuestión sentiría verdadera conmiseración por la situación de los *terrestres* ante el «problema español». ¿Qué se proponía este país perturbador, imperialista y ateo, regido por la más terrible de las tiranías? Pero si luego diera una rápida vuelta por la Tierra, su sorpresa no reconocería límites al apreciar *de visu* la realidad, y cabe asegurar que, sin demora, emprendería su regreso a Marte con la precipitación de quien huye de una casa de locos.

Vería en el centro del Viejo Mundo la gran extensión de la U. R. S. S., aislada del resto de las naciones por una *cortina de acero,* y dentro de ella una población de cientos de millo-

nes de hombres que obedecen por el terror a uno solo: al hombre de la O. G. P. U.; al de la falsificación de 10 millones de dólares en billetes de 100 dólares de 1928 a 1932 (plan quinquenal); al de las famosas «purgas» de viejos bolcheviques a raíz del asesinato de Kirov (1.º de diciembre de 1934); al que por decreto de 8 de abril de 1935 estableció la pena de muerte para los niños de más de doce años y realizó a continuación la más bárbara matanza infantil que recuerda la Historia; al que hizo la «gran purga» del ejército rojo en 1937, iniciada con la ejecución del general Tujaskevsky; al hombre, en fin, de las «colectivizaciones», que reducían a la esclavitud, como en los buenos tiempos de los Faraones, a ingentes masas de obreros y de técnicos. Vería, más al Oeste y al Sur, pueblos sojuzgados por la U. R. S. S.; masas de millones de hombres nómadas sobre inmensas extensiones arrasadas, sin lo más elemental para la vida; naciones en pleno caos político, con gobiernos de la composición más heterogénea en sorda lucha interna y con los más agudos problemas sobre la mesa; vería igualmente otras naciones con graves crisis económicas azotadas por epidemias huelguísticas impulsadas desde la U. R. S. S., y brotando, como las lianas en la selva, *problemas de verdad* por todas partes: problemas económicos; problemas de producción, de transportes; problemas políticos internos; problemas en el Irán, en China, en los Balcanes, en el Islam, en los Dardanelos, en los países vencidos, y huelgas y revoluciones por doquier.

Pues, señor, diría el marciano, si esto está así, ¿qué será lo que me encontraré en España? Y al llegar a España se encontró un pueblo en pleno trabajo y orden; rehaciéndose de una terrible crisis; con libertades humanas como ningún otro; sin más preocupación que su problema social y marchando, firme y sin desmayos, hacia la única solución de todos los males

mundiales: la fusión de lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual, es decir, decidido a poner en práctica, rompiendo con todo lo que sea preciso romper, lo que Dios, única fuente de Verdad, mandó. Ni más ni menos.

Este es precisamente el «problema español»: España quiere implantar el bien, y las fuerzas del mal, desatadas por el mundo, tratan de impedírselo...

España vive en orden; paga religiosamente lo que compra; cumple fielmente sus compromisos internacionales; es correcta y noble en sus relaciones con los demás pueblos; a nadie pide nada; a nadie amenaza. ¿De qué se la culpa? ¿De racista? La sangre española se ha mezclado generosa con todas las razas; ahí está Sudamérica y Filipinas, y ahí están, aislados, los «pueblos de color» de otros imperios. ¿De belicosa? Hace siglos que España no tiene guerras de conquista y, noble como nadie, jamás se ha aprovechado de un vecino caído ni se ha uncido al carro de ningún vencedor. ¿De imperialista? ¡Pero si los imperios de hoy están hechos con jirones del Imperio español, que no fué fruto de conquista guerrera, sino donación providencial!

¿Dónde está el problema español? En España no hay problemas que afecten a nadie más que a los españoles. Lo que fuera digan los órganos de información a sueldo de traidores españoles, que pagan con lo que robaron los ataques a su Patria, y lo que dentro enrede una exigua minoría, tan en la higuera de la realidad como el marciano de nuestro cuento, instrumento inconsciente de los mismos personajes que, obedientes a poderes ocultos, derribaron el Gobierno del ilustre general Primo de Rivera e hicieron posible la caída de la Monarquía, poco importa. Ni España es ese motor de la calumnia de fuera, que eso es la hez de España, desgajada para siempre del árbol na-

cional; ni nada pesa en España ese pequeño grupito, que cree moverse en la sombra urdiendo folletinescas conspiraciones, cuando todas sus andanzas son sobradamente conocidas (¡oh, la terrible tiranía española!). España, la realidad de España, es una ingente masa de combatientes de la cruzada, de soldados, de técnicos que trabajan con entusiasmo y de campesinos y obreros que creen en que, por primera vez y para siempre, van a tener verdadera *justicia social*. Esta masa tiene, a la vez que fe ciega en su Caudillo, el más firme sentimiento de la dignidad nacional. Franco es la encarnación de este unánime sentir nacional, y por eso los problemas españoles los resolverán los españoles como Franco quiera y cuando Franco quiera.

Si hay un buen lío fuera, lo lamentamos mucho y dispuestos estamos a cooperar en su arreglo. Pero la misma firme decisión tenemos de que no nos metan en él. En orden a los resultados de las fórmulas que se nos brindan, sabemos más que nadie porque las hemos experimentado en nuestra propia carne y... las cicatrices aún están en carne viva.

8 de enero de 1946.

XII

GUERRA DE NERVIOS

De todas las posibles manifestaciones de la traición, ninguna tan evidente ni tan repugnante como la del que en guerra se pone al servicio de los enemigos de su Patria. En todos los Códigos existentes este delito se sanciona indefectiblemente con la pena de muerte. La justicia británica acaba de colgar a «lord Haw-Haw», y a buen seguro que la Historia no apreciará nunca excesiva severidad en tal sentencia. Su nación estaba en guerra y él colaboró con el enemigo, interviniendo directa y personalmente en su propaganda; luego, evidentemente, fué traidor.

Interesante para algunos es meditar sobre este ejemplo.

Hoy España no sostiene ninguna guerra en el sentido de choque armado, porque no se la ataca con las armas, pero sí es víctima de una vasta conjura, que persigue su debilitación, primero, y su ruina después, para entregarla atada de pies y manos a sus enemigos seculares. Esa propaganda inicua de prensas y radios extranjeras, pagada con lo robado por los vencidos en nuestra Cruzada, es otra clase de guerra, con el mismo objetivo de las guerras militares. Es la *guerra de nervios*, por la que

se pretende crear entre los españoles un ambiente de alarma, de preocupación y de temor ante amenazas que se presentan como indefectibles. Se intenta llevar al ánimo del pueblo la sensación de que vive una situación de interinidad, de que *algo* tiene que pasar. Se pretende, en una palabra, debilitar, *abrir brecha* en la fortaleza del Estado, para asaltarle en el momento más propicio. Es la repetición de la «ferrerada» y de la canallesca campaña contra don Miguel Primo de Rivera.

Los enemigos en esta *guerra de nervios* están perfectamente definidos. Los conocemos bien. Son los que sirven a los ocultos poderes del *internacionalismo* (Comunismo, Masonería y Capitalismo internacional), que hipócritamente predican libertades y atentan, sin embargo, con encono contra la soberanía de los pueblos. Pero hay que señalar también a los que, consciente o inconscientemente, son los «lord Haw-Haw» de esta guerra.

Si con esta ofensiva de infamias y calumnias de unos órganos de información venales, que hacen uso, sin freno moral, de una libertad cuya eficacia para la paz del mundo la Historia juzgará, se pretende debilitar a España, todo español que coopera a tal intento, dando difusión a esas falsas informaciones, creando o propagando «bulos», asintiendo servil a los juicios absurdos que de su Patria hacen los extranjeros y conspirando contra un régimen que tiene la legitimidad de una victoria militar y la ejecutoria de nueve años del más hábil y eficaz gobierno de que España ha disfrutado en siglos, es *traidor*.

Nuestro régimen es tan legítimo como el norteamericano después de la guerra de Secesión. El propio Carlton Hayes —que además de norteamericano, es profesor de Historia— lo reconoce en su libro *Wartime Mission in Spain*. Ninguna nación tiene ningún cargo fundado que hacernos en orden a nuestro comportamiento en las relaciones internacionales. A nadie pedimos

nada, salvo *que nos dejen en paz*. ¿Por qué ese tenaz empeño de favorecernos con altruístas consejos sobre lo que tenemos que hacer para estar mejor, cuando cada cual en su casa tiene los más graves problemas que resolver?

A Hitler le hubiera sido muy fácil tratar los asuntos de Inglaterrra con «lord Haw-Haw», pero con quien tuvo que tratarlos fué con los millones de ingleses cuya tenacidad y deseos de independencia les permitió superar la terrible crisis de 1940. Pues lo mismo sucede en España. Hablar de sus asuntos con los pocos que no la *sienten* es alentador, porque hace concebir esperanzas de grandes éxitos de gestión, pero con quien hay que tratar es con los millones restantes de españoles, cuyos nervios no se perturban con campañas falaces y que están firmemente decididos a no dejarse escamotear una victoria a tan alto precio lograda.

16 de enero de 1946.

XIII

MONSIEUR D'ARAGÓN ATACA A ESPAÑA

Hay felicitaciones de felicitaciones.

Nos referimos, claro está, a la que por unanimidad ha recibido de la Asamblea Constituyente el Gobierno francés por su decisión de proponer a los Gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos medidas conjuntas contra España, a la que, a fin de cuentas, Francia no debe más que favores pasados y presentes.

Para un francés de verdad, que tenga un concepto exacto de lo que es la dignidad nacional, la decisión de su Gobierno, considerada en abstracto, no es precisamente un gesto elegante que pueda enorgullecer su sentimiento patrio. Sin poderlo remediar, se nos viene a la imaginación ese niño raquítico y envidioso, de carita esmirriada y verdosa, lleno el pobre de bilis por degenerada constitución fisiológica, que nunca falta en los Colegios, que acude pelotillero a los mayores para que éstos satisfagan sus miserables odios contra un compañero que le es antipático. «Vamos a pegar a Fulanito, que es un tal y un cual.» Y si los mayores no le hacen caso, se librará muy mucho de tomar medidas por su cuenta y riesgo. Si a esta nada elegante actitud, se agrega el hecho, por el propio Bidault reconocido,

de que en estos momentos se realiza con España un acuerdo comercial que es un *buen negocio* para Francia, la felicitación que nos ocupa más parece una fina ironía que expresión de una exaltación de orgullo nacional.

Pero hay más. En el fondo de este debate de tres días sobre cuestiones internacionales, que ha reunido en el calderón de lo grotesco a todos los partidos políticos que constituyen la Asamblea, hay la burda maniobra parlamentaria de escamotear al país la discusión sobre la situación de los problemas vitales interiores que más le afectan: orden, reconstrucción y abastecimientos. Cuando Francia está con los más agudos problemas *sobre la mesa,* los llamados a resolverlos pierden su tiempo en estas apoteosis, que no tienen más provecho para los franceses que emborronar su Historia contemporánea. ¿Qué es lo que pasa en Francia? ¿Cuál es la causa de este incomprensible fenómeno? Pues sencillamente, que la Asamblea francesa no es puramente francesa, sino que, en virtud de una doctrina democrática absurda y mil veces fracasada, hoy forman parte fundamental del grupo de hombres que dirige los destinos de Francia una masa de ciudadanos o, mejor dicho, de vasallos de otra nación. Son los Thorez y los Marty, desertores del ejército francés cuando, en 1939, Francia empuñaba las armas por propia decisión contra el tercer Reich. *¡Voilà!*

Si en 1940 Francia hubiera batido al ejército alemán, en lugar de ser derrotada, ¿no hubieran corrido estos siniestros personajes la misma suerte que «lord Haw-Haw» de caer en manos de la justicia francesa? ¡Pobre Francia!

Muchas malas partidas nos ha jugado su «chauvinisme» en años pasados, pero con nobleza no comprendida, ni correspondida, no solamente no intentamos aprovechar la ocasión de devolver la pelota cuando Francia estaba de rodillas después

de la pirueta bélica de su *front populaire,* sino que después, cuando liberada por los ejércitos angloamericanos trata de rehacerse, hemos sido generosos en la ayuda económica, aceptando acuerdos comerciales que «son un buen negocio» para Francia.

El pago de esta actitud ha sido el exabrupto del otro día, y... lo sentimos por el pueblo francés. Verse regido por hombres como Marty, el «carnicero de Albacete», que aparte de sus crímenes en España, cuenta en su haber con el asesinato por su propia mano de unos franceses que reclamaban el regreso a su patria al cumplir el plazo de su compromiso en las Brigadas internacionales, es bien triste para una nación de gloriosa historia.

El pueblo francés verá lo que hace para salir de la situación que le han creado unas doctrinas caducas. Nosotros nos hemos quedado tan frescos. La razón es nuestra, y ni tememos a Francia, ni necesitamos a Francia. Sabemos que el ataque, en definitiva, no es suyo, y la deseamos mejor suerte. Si el diario de sesiones de la Asamblea Constituyente quiere hacerle la competencia a *La Codorniz* con intervenciones tan pintorescas como las de M. d'Aragón, la culpa no es nuestra.

22 de enero de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA TARRAL

XIV

EL COMUNISMO Y EL VATICANO

Dimitri Parov, el comentarista del diario soviético *Izvestia*, que, como todos los periódicos de la U. R. S. S., bien pudiera denominarse *La voz de Stalin para el Mundo*, se desata en su número del 28 del pasado en un desaforado ataque contra Su Santidad Pío XII.

El artículo de este Parov —que a saber cómo se llama, pues conocida es la costumbre comunista de utilizar varios nombres y hasta disponer de pasaportes de distintas nacionalidades— destila bilis. «El nombramiento de treinta y dos nuevos Cardenales por Pío XII —dice— es el primer paso que da el Vaticano hacia la realización de una gran maniobra política que tiende a mejorar la posición del Papa en el campo internacional y a asegurar cierta protección a los países fascistas, en los que, como España y Argentina, el Vaticano ha fundado sus dos feudos principales»; y ya en la pendiente del odio y de la pasión, este chico Parov llega a lo grotesco, haciendo una revelación sensacional. Resulta que los Arzobispos Griffin y Spellman, y casi todos los que han recibido recientemente el capelo cardenalicio, son fascistas. Y no se lo digan ustedes a nadie, pero resulta que

es también fascista ¡¡Su Santidad Pío XII!!, cuya única preocupación «es aumentar su influencia frente a los países anglosajones».

Pero cuando *Izvestia* se rasga las vestiduras en el paroxismo del horror, es cuando comenta que el Pontífice romano ha hecho Cardenales nada menos que a tres prelados alemanes, porque está claro —este Parov es de una agudeza impresionante—, lo que con ello quiere el Vaticano «es salvar lo que pueda de los restos del fascismo». ¿Qué les parece a ustedes?

Como hombres civilizados en general, y como católicos en particular, confesamos que nos ha encantado el artículo de *Izvestia*. El Comunismo babea odio contra el Papa y contra España. ¡Magnífico! Lo terrible sería lo contrario. Stalin respira por la herida. En lo que el Vaticano representa y en lo que propugna España, y acabarán propugnando todos los países que no quieran caer en las garras del Zar rojo, está precisamente el antídoto contra el peligro del siglo.

La U. R. S. S. pretende dominar al mundo, hacernos a todos esclavos de esa minoría de endemoniados que constituye el Estado Mayor del Comunismo, y para ello cuenta con su fuerza, que no está ni en su población, ni en sus armamentos, ni en su producción, ni en su situación geográfica, sino en haber tenido la habilidad de canalizar en su provecho una *energía,* quizá de efectos más destructores que la atómica, como socarronamente apuntó Molotov en una ocasión, que es la de la *rebeldía de las masas ante la injusticia social*. En hacer desaparecer esta injusticia social está el talón de Aquiles del imperialismo soviético. Por eso el Catolicismo verdad, que tiene como consigna síntesis de su código moral «Amarás a Dios sobre todas las cosas y al prójimo como a ti mismo», es el Arcángel San Gabriel del Comunismo. Y por eso España, cuya doctrina política es acabar

con la injusticia social, *fundiendo lo social con lo nacional, bajo el imperio de lo espiritual,* es el blanco de los odios bolcheviques.

La U. R. S. S. intenta indisponer al Papa con los países anglosajones acusándole de ambiciones de influencia. ¡Qué sarcasmo! ¿Es que las apetencias territoriales de la U. R. S. S. sobre el Imperio británico y las huelgas que está fomentando en los Estados Unidos son pruebas de amistad y manifestaciones de amor? Que se lo pregunten a los Gobiernos interesados.

En cuanto al calificativo de fascistas, pronto habrá que ocuparse de esto en las Academias de la Lengua. Ya lo son los Cardenales y el Papa, el general De Gaulle, el ministro Bevin y el duque de Windsor; pronto lo será Truman. Total, que lo acabaremos siendo todos... los que no queramos ser vasallos de Stalin.

6 de febrero de 1946.

XV

ESPAÑA Y LOS MALDITOS

En esta época que vivimos de *desbordamiento de la dimensión* todo lo lamentable es grande: grandes son las destrucciones que Europa ha sufrido, dimensiones insospechadas han adquirido las crisis económicas que el mundo padece y por millones se cuentan las masas humanas que no tienen lo más elemental para asegurar su existencia en este invierno de tragedia. En el orden moral, lo lamentable sigue la misma tónica. Hoy se miente con un descaro jamás conocido, el sentido de lo digno se ha perdido y en cinismo y desvergüenza las marcas alcanzadas son impresionantes, correspondiendo las más destacadas a esa grotesca cuadrilla que se llama a sí misma el «Gobierno de la República española en el exilio», y que preside el hombre que, en julio de 1936, ordenó desde su despacho del Ministerio el asesinato en masa de los oficiales de la Marina, después de haber tomado días antes, en el seno del Gobierno del Frente Popular, la democrática decisión de asesinar al jefe de la oposición parlamentaria.

Este sujeto, que en una época normal del mundo estaría perseguido por la policía de todas las naciones, ha llegado el

día 4 a Wáshington, y ha manifestado, ante unos periodistas que han probado su estómago al ser capaces de estrechar la mano de este vulgar criminal, sus vastos proyectos. Entérense ustedes, porque son *tronchantes,* como ahora se dice.

Giral tiene dos procedimientos, nada menos, para implantar la República en España y gobernar él con sus *muchachos:* 1.° Por la tremenda; mediante el empleo del *movimiento de resistencia clandestino,* cuya organización, según él, es perfecta y representa una fuerza tan poderosa que no tiene el boticario más que tocar un botón para barrer todo lo que se le ponga por delante. 2.° Obteniendo el reconocimiento de las Naciones Unidas y haciendo que éstas *obliguen* al Caudillo a abandonar el poder, para entregárselo en bandeja de plata a él: a Giral y a su cuadrilla. Y, claro está, Giral optaría siempre por el segundo procedimiento, porque «la República aspira a instalarse en España sin más efusión de sangre»..., pero es porque Giral, como ya lo demostró, tiene un gran aprecio por el repulsivo líquido que circula por su sistema arterial.

En orden al primer procedimiento, ese mamarracho cree, por lo visto, que el mundo es tonto y se traga sus monomanías de grandeza. Que los vulgares atracadores se llamen «guerrilleros» es aceptable, puesto que él, Giral, se llama Presidente de Gobierno; pero ¿cómo puede creer nadie en la *potencia bélica* de unos cuantos bandidos que poco a poco van cayendo en manos de la Justicia, y que no representan ni la décima parte de los *gansters* que anidan en un Nueva York?

En cuanto al segundo método, el que le gusta a Giral, basado en que le conquisten España las naciones extranjeras, ¿qué ha ofrecido como precio del servicio en su mendicante peregrinación por los antedespachos de algunos centros oficiales? No es posible que Giral piense que nadie se lance a una guerra por

él. ¿Qué ofrece este miserable, que tiene la misma contextura moral de esos monstruos que trafican con su mujer y con sus propias hijas? ¿La entrega de su Patria al vasallaje extranjero? ¿Qué concepto tiene este hombre de lo que es la Patria? ¿Qué sabe él del mandato de los muertos?

España, distinguido histrión, es libre y soberana desde que se quitó de encima la carcoma de los de tu calaña, y está dispuesta, con decisión irrevocable, a defender hasta con los dientes y hasta el último de sus hijos esta libertad sagrada. Los que os vencimos, los que tenemos el mandato de vuestras víctimas, jamás, oídlo bien, jamás seremos vasallos de ningún extranjero, y tú y tu cuadrilla seguiréis malditos corriendo por el mundo en vergonzosa súplica de ayudas, sumisos como perros sarnosos, entre el asco y el horror de las gentes honradas.

13 de febrero de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA · TARRAGONA

XVI

LOS ENEMIGOS DE ESPAÑA

El español está ya acostumbrado, por la larga experiencia de estos últimos años, a los más desaforados ataque contra España por parte de un amplio sector de la prensa extranjera. Día tras día, radios y periódicos repiten, con aburrida machaconería, los mismos *slogans:* el peligro que España representa para la paz del mundo, la tiranía del Estado español, los disturbios de España, etc. Nos lo sabemos de memoria y conocemos su origen. Los órganos de información del mundo, es decir, las empresas periodísticas y de radio, son, salvo honrosas excepciones, venales y sirven a quien las paga. Van a su *negocio* más que al desempeño de una honesta misión, y como los rojos pagan, porque tienen con qué, pues fué mucho lo robado en España, dicen —cobrándolo a buen precio, eso sí— lo que los rojos españoles quieren...

Pese este hábito del español a saberse calumniado, las encubiertas acusaciones contra España que aparecen en el reciente Libro Azul norteamericano contra la República Argentina le han sorprendido. El tal Libro Azul no es un artículo de prensa, sino un documento oficial, y las citadas acusaciones no pueden

ser más disparatadas ni más fáciles de rebatir en forma incontrovertible... ¿Qué es esto? ¿Cómo en un documento oficial se puede dar tan singular patinazo?

La explicación acaba de llegar a nosotros y vale la pena que los españoles la conozcan. Y también los norteamericanos, pues también les interesa.

Resulta que no sabemos por qué procedimientos se ha *infiltrado* en el State Departement, llegando a ejercer omnípoda influencia cerca de Mr. Braden, jefe de la Sección de Hispanoamérica del mismo, un sujeto español llamado Gustavo Durán, que fué combatiente rojo durante nuestra guerra de Liberación, que actúa en estrecho contubernio con Giral y Martínez Barrios y que, naturalmente, es un antiguo y activo masón de la Masonería europea e instrumento sumiso de su disciplina.

Este individuo, valiéndose de su influencia con Braden y de la ausencia de Byrnes y de su equipo de trabajo, ha infiltrado, en la figura de las más burdas falsedades, su odio a España en el texto del Libro Azul contra la Argentina, maniobra del más bajo estilo que perjudica principalmente a los Estados Unidos, puesto que mentiras de tan poca consistencia como las que a España se refieren restan evidentemente seriedad al documento.

¿Cómo ha podido introducirse este personajillo en el seno del State Departement hasta el extremo de utilizar los documentos del mismo para dar satisfacción a sus pasiones? ¡Ah!, eso no lo sabemos, pero el hecho es cierto y sobrados medios tienen los servicios secretos y la policía norteamericana para aclarar esto y para comprobar la existencia en su Departamento de Asuntos Exteriores de un espionaje de la Masonería europea. Lo que nos preocupa, como simples pacíficos habitantes del planeta, es la facilidad con que elementos de esta calaña, enemigos encarnizados de la religión católica, se meten por todas

partes, saboteando la verdadera paz entre los pueblos y atentando descaradamente contra lo único que puede ser garantía de la misma, que es la conservación de los principios de la civilización cristiana como norma básica de las relaciones internacionales.

Las infamias contra España, inspiradas por el masón Durán, refutadas han quedado de manera tajante ante todos los hombres de buena fe. Lo demás no nos importa. Es al ciudadano norteamericano y al propio Mr. Byrnes a quienes interesa conocer la clase de pájaros que se irrogan el papel de mentores en la redacción de sus documentos.

26 de febrero de 1946.

XVII

UN SUEÑO...

Anoche tuve un extraño sueño que me impresionó profundamente.

Dicen que la duración física de un sueño es cortísima, de fracción de segundo. No sé; a mí se me hizo eterno y, como siempre pasa con los sueños, sólo lo puedo recordar fragmentariamente. Sin conseguir precisar con quiénes hablé, ni quiénes me acompañaron en mis andanzas, sí recuerdo que asistí a una serie de escenas que, como actos de una gran tragedia, se fueron sucediendo sin aparente hilación.

Me vi primero formando parte de una multitud que ascendía por una gran avenida, de regreso del recibimiento de un Rey. El día estaba desapacible y por el cielo cruzaban, en interminable procesión, negras nubes de tormenta, a las que impulsaba un viento frío que se metía en los huesos. El coche con el monarca acababa de pasar rodeado de lanceros, y aun se veía a lo lejos, por encima de la muchedumbre, los cascos, las guerreras azules y las lanzas de los jinetes. En el aire había un rumor continuo de aclamaciones, pero sobre este acompañamiento inconcreto se oían constantemente gritos de «¡Amnistía, amnis-

tía, amnistía!», y otros, tajantes como cañonazos, de «¡Arriba España!». Algunas veces creía escuchar «¡Libertad de Prensa!», «¡Viva España democrática!» y algún «¡Viva Rusia!».

Uno de los que iban conmigo exclamó: «Unos piden y otros recuerdan.» «Y otros amenazan», agregó un tercero.

Con esa capacidad de percepción que dan los sueños, yo veía las fisonomías de todas las gentes de la multitud. En unas, entusiasmo sin respeto; en otras, respeto sin entusiasmo, y... en todas, honda preocupación.

Un magnífico C. D., con una extraña bandera sobre el *capot*, se abría camino entre la multitud. Dentro, un hombre rubio, con deslumbrante uniforme, miraba sin ver, sonriendo entre amable y despectivo. «Este tío se cree que está en Bombay», dijo una voz a mi lado. Volví la cabeza. Un muchacho con camisa azul avanzaba deprisa. La expresión de su cara denotaba evidente mal humor y un vehemento deseo de pegarse con su sombra.

La conversación de un grupo próximo llegó a mí:

—El Decreto de Amnistía se firmará hoy mismo. Todos podrán volver; es un *borrón* y *cuenta nueva* total.

—¿La *Pasionaria* también?

—Naturalmente, la Amnistía es general. Es como si no hubiera habido guerra en 1936.

—¡Qué difícil es que eso pueda tener realidad!

—¿Quiénes forman el nuevo Gobierno?

(Oí una serie de nombres muy conocidos.)

—Pues hay de todo, hasta socialistas y enterradores de la última Monarquía.

—¿Y quién es el Director general de Seguridad?

—Eso se llama asociación de ideas, amigo mío. No sé quién es, pero quienquiera que sea, ¡va listo! No le arriendo la ganancia.

Hacia la derecha se oyó un alboroto y el metálico chasquido de dos tiros de pistola. Unos policías armados corrieron hacia el lugar del escándalo. En sus caras se adivinaba la incertidumbre...

Cambió la escena. Me hallé después no sé dónde, pero era bajo techado.

Alguien mostraba unos periódicos de formato desconocido. *España Demócrata, Luz y Libertad, Paz y Socialismo, La Guardia del Pueblo...* En la reunión se comentaba.

—¿Habéis visto la foto del Rey vestido de falangista?

—Sí, y la del ministro Fulano, y... la del gordo Mengano.

—Esto es una campaña inicua. Tratan de derribar la Monarquía.

—Los artículos son de escándalo; ahora resulta que somos más fascistas que antes. Todos los generales de la guerra son atacados en estos artículos. ¿Cómo es posible que se consienta esto?

—¡Hombre! ¿Y la libertad de prensa? ¡Tendría gracia que en pleno período electoral hubiera censura! Eso sería la Dictadura, y las Dictaduras se acabaron. El general Franco pudo ser dictador porque ganó una guerra y porque tenía una personalidad indiscutible, pero ¿quién puede ser hoy dictador?

—Pues esto tiene que romper por alguna parte.

—¿Más todavía? Las huelgas se suceden. Ayer hubo jaleos entre estudiantes. Luchan el SEU y la FUE y la policía no actúa, y ¡cómo va a actuar después del reingreso de los guardias y de los policías rojos!

—Dicen que en Navarra hay mucha gente en el campo y que es el general X... quien lo dirige todo.

—¡Bah! Bulos. El general X... está disponible y vigilado en su casa por gentes de la *Pasionaria*.

—¡Pues sí que estamos bien para las elecciones del domingo!

Otra escena. Esta vez me encuentro en un Cuarto de Banderas.

Un coronel que ostenta unas extrañas condecoraciones dirige la palabra a un grupo de oficiales, que, en pie y con mirada hosca, le escuchan impacientes.

El discurso es melifluo y se nota estudiado. Le falta entusiasmo; se ve que no es sentido.

—Señores: El Decreto de Amnistía y Reposición borra nuestras diferencias y cubre para siempre una triste historia. El Gobierno nos quiere compañeros y verdaderos hermanos en el empeño de engrandecer una España democrática incorporada ya a los órganos internacionales que laboran por la Paz. Si ayer luchamos en bandos contrarios, cegados todos, lo reconozco, por viejos prejuicios...

Un capitán joven, con el distintivo de cuatro heridas y la Medalla Militar, se destaca del grupo e interrumpe vehemente:

—¡Basta de farsas! Si el año 37, cuando me batí en Brunete como alférez provisional, le hubiera cogido a usted dentro del alcance de mi pistola, le hubiera levantado lindamente la tapa de los sesos. Nosotros no nos batimos ni por Fulano ni por Mengano, sino por España, a la que ustedes querían entregar al extranjero. Del traidor no es posible esperar nunca el arrepentimiento. Si usted ha sido nombrado coronel de este regimiento, lo mandará usted sin mí. Yo no voy. No hay poder que me obligue a reconocer su autoridad...

—Y nosotros contigo—, dijeron los demás oficiales.

Y ante las miradas de asombro de los soldados que curioseaban por unas ventanas, los oficiales fueron abandonando la habitación después de arrojar sus sables, partidos, a los pies del flamante y estupefacto coronel.

Sentí la impresión de que algo muy grande se desmoronaba con estrépito. Alguien dijo a mi lado:

—Ya no hay Ejército; aquel magnífico Ejército de la Victoria ha sido asesinado alevosamente.

Afuera, en la calle, la multitud hervía en gritos subversivos... Se oyeron también algunos disparos.

Una persona para mí desconocida entró y explicó:

—Aun no se sabe el resultado de las elecciones, aunque se tiene la seguridad de que tienen franca mayoría los demócratas cristianos. Pero los comunistas se han lanzado a la calle y, con una organización sorprendente, se están apoderando de los centros neurálgicos de la capital y de los Colegios electorales. Es una canallada. Esto no es democracia..., sino el asalto de Rusia. Las demás naciones tendrán que intervenir...

Pensando en Polonia, salí para ver por mí mismo lo que pasaba.

Por una calle avanzaba una muchedumbre de desarrapados, y flotando sobre ella banderas rojas y puños en alto. En la esquina una iglesia empezaba a arder, mientras unos energúmenos amontonaban entre blasfemias, en medio del arroyo para formar una pira, ornamentos e imágenes sagradas.

Entonces me fijé en un hombrecillo que se movía como una ardilla entre los incendiarios y que parecía dirigir el asalto y la destrucción del templo. Era un tipejo de mirada ratonil y barbas de chivo, vestido con una ridícula levita negra, en cuya solapa brillaba una insignia que no podía distinguir.

De repente el hombre miró hacia arriba y estalló en una carcajada metálica que me heló la sangre en las venas: «Ji, ji, ji...», y señalaba, regocijado, a la cúpula. Por los cristales de la misma, rotos en aquel momento por la contracción producida por el calor de la hoguera interna, el humo empezaba a

salir como de gigantesca chimenea, y vi cómo el humo se extendía por el cielo contra toda ley física, y poco a poco se convertía en una gigantesca multitud de espectros que se perdía sin fin. Distinguía perfectamente las fisonomías de esta extraña procesión. Eran caras amigas, familiares muchas de ellas, y otras desconocidas. Eran hombres y mujeres; pero sobre todo hombres jóvenes, algunos casi niños. Y en todas las fisonomías vi con claridad meridiana el mismo común sentimiento: dolor y desprecio. Dolor por España; desprecio por los que consentíamos su asesinato.

Sentí una vergüenza indescriptible y un deseo ardiente de desaparecer; de que aquella turba de incendiarios me triturase para merecer alguna simpatía de la legión de nuestros Caídos, que desde el cielo presenciaba el terrible espectáculo. Sin saber cómo arremetí contra el hombrecillo que dirigía el incendio, y al estar cerca de él pude distinguir lo que representaba la brillante insignia de su solapa. Eran una escuadra y un compás. Luchamos, y le cogí por el cuello. Jamás he intentado, naturalmente, estrangular a una culebra, pero creo que en mi sueño he experimentado esa sensación. Mis dedos se agarrotaron sobre un cuello frío y viscoso que cedía a la presión, sin conseguir apagar aquella maldita risa: «Ji, ji, ji...» Comprendía que mis fuerzas se iban a agotar sin acabar con aquel bicho, y quise ponerle una rodilla sobre el pecho. Caímos al suelo y nuestras caras casi se tocaron, y entonces su voz cascada musitó en mi oído: «¡Idiotas! Otra vez os engañamos, y ahora para siempre. España ya no tiene salvación. Ji, ji, ji...»

* * *

Me desperté bañado en sudor, con el corazón angustiado, y no creo que pueda nunca experimentar sensación de alivio más

incomparablemente deliciosa como la que sentí al darme cuenta de que todo había sido un sueño.

Encendí la luz para desvanecerlo totalmente y mi vista se fijó en el Crucifijo de mi mesilla de noche. «Señor —imploré, casi sin darme cuenta de que rezaba—, sálvanos. Líbranos, Dios mío, de los imbéciles, y haz que en todo momento seamos dignos de aquellos que por Ti y por España cayeron!»

Traté de volver a dormir, pero no pude, y me levanté para concretar en unas notas el sueño que ahora os cuento.

Creo que vale la pena que meditéis sobre él.

5 de marzo de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

XVIII

EL VERDADERO PROBLEMA ACTUAL

De la naturaleza humana es prudente esperar siempre las más lamentables reacciones. La envidia, el interés bastardo, la ambición o simplemente la antipatía, pueden ser los motores del ataque de un hombre a otro y hacer que este ataque cubra toda la gama de acciones ofensivas que va de la fútil especie calumniosa al más bárbaro asesinato. Lo que ya no es frecuente es que la pasión ciegue tanto al atacante que éste obre en contra de sus propios intereses.

Cuando a un señor le da por golpear las paredes con su propia cabeza o por arrojar sus muebles por la ventana, sus familiares no dudan: llaman a los loqueros, le ponen una camisa de fuerza y lo recluyen. Escupir al cielo es la más estúpida forma de la reacción humana.

Pues lo mismo pasa con las naciones.

Desde que el mundo es mundo las agrupaciones humanas vienen luchando entre sí, pero jamás nación alguna ha cometido la locura de dañar sus propios intereses, pues nunca han faltado los hombres capaces de señalar a las masas la realidad de los peligros.

Asistiendo la otra noche a la proyección de *El vencedor de Napoleón* —una magnífica película por cierto— pensábamos en el paralelismo entre la situación británica a fines del siglo XVIII y la actual.

Pocos hombres ha tenido la Gran Bretaña tan pacifistas como el hijo de Lord Chatham. William Pitt, Premier inglés a los veinticuatro años, empieza a gobernar Inglaterra bajo el lema de «Paz, Economía y Reforma». De 1784 a 1793 logra duplicar casi las exportaciones de su nación, y nada está más lejos de su intención que agotar los beneficios logrados en ninguna empresa bélica. Pero a partir de la ejecución de los reyes de Francia, empieza a ver el peligro que amenaza desde el otro lado del Canal, y pese a su ideal liberal, comienza a tomar medidas draconianas contra el contagio de la revolución, que es fomentada entre los ingleses por el agente francés Chauvelin.

Pitt se resiste todo lo posible antes de lanzar a su país a la guerra, y soporta paciente la ocupación de Amberes y las impertinencias y jactancias de la recién nacida república; pero cuando ésta amenaza francamente a Holanda, el pacifista Pitt pronuncia en los Comunes el más belicista de los discursos, y declara con vehemencia de convencido que hay que ir a la guerra «para hacer frente al más terrible peligro que jamás ha amenazado a Europa». A partir de entonces, Inglaterra lucha durante veinte años contra Napoleón y se esfuerza por fortalecer a cuantas naciones están dispuestas a hacerle frente en el continente.

¿Qué hubiera dicho Pitt si cuando la República francesa amenazaba a Holanda le hubieran propuesto firmar una nota conminando al Gobierno holandés a debilitar su reacción ante las apetencias galas?

La reciente nota tripartita al Gobierno español, que nos abstenemos de comentar para no perder la calma necesaria al análisis objetivo que queremos hacer, persigue evidentemente debilitar a la nación española. ¿Por qué y para qué? Veamos. La promotora de la cuestión ha sido Francia; y ¿quién es hoy Francia? Pues se da el caso paradójico de que hoy representan a Francia los mismos que desertaron de su ejército cuando ésta fué a la guerra contra el Tercer Reich. Los hombres que hoy dan la tónica al Gobierno francés no son franceses, sino vasallos de la U. R. S. S., que fué la que con su acuerdo con Hitler, en 1939, hizo posible la fulminante derrota de Francia en dieciocho días. El golpe, pues, contra España proviene de un gobierno *quisling* de los Soviets, es decir, de la propia U. R. S. S. ¿Y por qué quiere la U. R. S. S. atacar a España, provocar en ella otra guerra civil y conseguir el predominio comunista en el Gobierno español? ¿Por nuestra riqueza, por nuestras minas, por nuestro petróleo? Nada de eso. España no es codiciada por el imperialismo soviético a causa de su factor económico. Es su posición geográfica la que interesa. Porque si en España llegara a gobernar un Gobierno *quisling* obediente a Moscú, lo que sería muy probable si estallara otra guerra civil, para lo que no habría nada tan eficaz como seguir el consejo de la nota tripartita, Rusia dispondría con la península ibérica de la *posición estratégica fundamental* para dar la puñalada en la medula al Imperio británico, *que es de lo que en definitiva se trata.*

El fondo del problema que vive hoy el mundo no es más que éste: España es hoy para la U. R. S. S. el objetivo auxiliar para aniquilar el Imperio británico; deshecho éste, Stalin dominaría en el Viejo Mundo, y ello equivaldría a poner de rodillas a los Estados Unidos de América.

Vale la pena que los anglosajones, y sobre todo los ingleses, repasen su Historia y recuerden a Pitt.

En cuanto a los católicos franceses que insensatamente hacen el juego a Rusia, si son católicos de verdad que mediten simplemente en el espectáculo del otro día: M. René Guillaume gritando «*Vive la France catolique*», ante su pelotón de ejecución, en el fuerte de Chapillón.

12 de marzo de 1946.

XIX

FRANCIA Y EL «PROBLEMA ESPAÑOL»

La contumacia del Gobierno francés en azuzar al mundo entero contra España raya ya en lo grotesco.

Después de las terminantes negativas de los dos Gobiernos anglosajones a la propuesta de Francia de llevar la «cuestión española» a la O. N. U., que, dicho sea de paso, han tenido toda la contundencia de un «Vaya usted a paseo» diplomático, M. Bidault no se resigna, y siguen las gestiones, las consultas, los anuncios de nuevas notas, y se trata de dar fuerza a las pretensiones con el anuncio del apoyo de la U. R. S. S., de Polonia y de Méjico. El ínclito Giral, el inefable Fernando de los Ríos y otros distinguidos *autoexilados* españoles, se mueven anhelantes entre el Quai d'Orsay y las Embajadas de París, y en éstas ruegan y suplican los muy miserables, llegando a todas las bajezas imaginables, la agresión contra su Patria. ¡Lo que se reirá el Embajador soviético de las andanzas de todos estos danzantes!

En medio de la gran tragedia que vive el mundo, la nota cómica es esta actitud del Gobierno *quisling* francés, que de primera intención recuerda a aquel señor del cuento que,

teniendo a su hijo único gravísimo con meningitis y muy fundadas sospechas de las liviandades de su cónyuge, se pasaba las noches sin dormir, preocupado porque al vecino le había sacado su sastre el chaleco corto. Preocúpese M. Bidault del *problema francés,* que no es ninguna tontería, y no se deje maniobrar por el Comunismo, ni pretenda satisfacer sus pequeñas pasiones con esa agresividad que tanto nos divierte. Quiso usted dar el do de pecho y... le salió un gallo. Cual Júpiter tonante, nos fulminó con el cierre de la frontera; y ahora, ¿qué? Ya está cerradita, y por nosotros puede seguir así hasta que San Juan baje el dedo. Ya dijimos entonces que nos quedábamos tan frescos, y tan frescos seguimos. Sigan ustedes, si gustan, engañando a los rojos españoles, haciéndoles pasar la frontera so pretexto de engrosar ese *maquis* español, que ustedes han creado en su imaginación como medio de quitárselos de encima. Nos es igual. Aquí los iremos recogiendo en los amorosos brazos de la Guardia Civil y... ya se acabarán algún día. Si los franceses se ven perjudicados por la situación actual, sólo a su Gobierno pueden culpar, que nuestra actitud no pudo ser más correcta en todo momento.

Ahora bien; ¿cómo se explica que un Gobierno se esfuerce en una actitud aun en perjuicio de su propio país? En los comunistas la explicación es clara. Ellos no sirven a Francia, sino a la U. R. S. S., y como ésta necesita la península ibérica para dar la batalla al Imperio británico, que hoy es su objetivo, porque la Geografía manda, hacen cuanto pueden por derrocar el régimen español, que es fundamentalmente católico y anticomunista, y si de paso perjudican a Francia, ¿qué les importa a ellos Francia?, ¿no desertaron de las filas de su ejército en 1939? Los comunistas niegan la Patria y sólo son súbditos de esa utópica Gran República Soviética Universal,

que tiene su capital en Moscú. Que los Thorez y los Marty den el tono a la actitud francesa, es lógico. Lo que ya no lo es tanto es que les hagan la segunda voz los que se llaman católicos y franceses, porque en su papel de *peces rojos nadando en agua bendita,* lo que consiguen es poner en ridículo a su Patria, hacer escarnio de la religión de que blasonan y agravar la difícil situación material por la que atraviesa hoy el pueblo francés.

En fin, esto no es cosa nuestra, sino de los franceses que realmente sientan a Francia y que crean en Dios. Ellos verán lo que hacen. Nosotros, rabiosamente celosos de nuestra soberanía nacional y profundamente católicos, comprendemos su tragedia y les deseamos, noble y sinceramente, mejor suerte. Nada tan espantoso para un cristiano como la esclavitud. ¡¡Dios libre a los pueblos de los Gobiernos *quislings!!* El año 1940 Francia cayó en poder de Alemania por la acción de las armas; hoy está a punto de caer en poder de la U. R. S. S. por obra y gracia de la estucia eslava en la explotación de un fracasado y disparatado concepto de lo que es la democracia...

26 de marzo de 1946.

BIBLIOTECA PÚBLICA · TERUEL ·

XX

EL DÍA DE LA VICTORIA Y LA SITUACIÓN ACTUAL

Cuando pasen los años, quizá no muchos, y la Victoria que hoy conmemoramos tenga la suficiente lejanía histórica para aparecer proyectada sobre un horizonte de realidades, despejado de las pasiones y mezquindades que hoy enturbian el panorama mundial, la fecha del 1.º de abril de 1939 se presentará con todo el destacado relieve de un hito de primera magnitud en la Historia de la Humanidad.

Las gentes que viven los momentos históricos no han podido darse nunca cuenta exacta de las dimensiones reales de los mismos por falta de perspectiva. Colón muere sin saber que ha descubierto un mundo nuevo; los combatientes de Almansa desconocen totalmente que son protagonistas de un duelo entre la Gran Bretaña y la Francia de Luis XIV, y los garrochistas de Bailén ignoran hasta qué punto su patriotismo ha de influir en la liberación de Europa del imperialismo napoleónico... Es un fenómeno tan lógico como repetido.

La sangrienta lucha sostenida en España desde el 18 de julio de 1936 hasta el 1.º de abril de 1939, es conocida en el mundo por la «guerra civil de España», y el solo hecho de esta

denominación ya es prueba evidente de que el mundo no se da aún cuenta —aunque quizá empiece pronto a dársela— del valor de esta tragedia española en la vida de la Humanidad civilizada.

Nuestra guerra no fué una guerra civil, porque en ella no se combatió ni por una dinastía ni por un régimen político; nuestra guerra fué una lucha contra la dominación extranjera. Fué guerra de Liberación por cuanto España luchó por su independencia; fué Cruzada porque los españoles combatieron contra los más encarnizados enemigos del Cristianismo católico, y la Victoria del 1.º de abril de 1939 fué *la primera victoria de Occidente contra el imperialismo soviético*, es decir, el primer acto del actual drama mundial, que hoy celebramos con emoción en España, pero que quizá dentro de algunos años celebre todo un mundo cristiano liberado del bárbaro imperialismo moscovita.

Esto es lo que las gentes no ven, y a fe que por su propio interés sería conveniente que viesen.

Cuando España se alzó el 18 de julio de 1936 contra el Gobierno del Frente Popular, no se alzó contra un Gobierno español en el puro concepto de la palabra, sino contra un Gobierno *quisling* —entonces no existía este adjetivo, de tan clara significación hoy—, que, manejado por Moscú, estaba a punto de entregar a España al vasallaje de la Rusia comunista. Esta pretendía sovietizar a España para situarse en su excelente posición geográfica, y desde ella amenazar al Imperio británico, que es su objetivo fundamental, a la vez que laboraba en la sombra a fin de hacer posible una guerra entre Inglaterra y Alemania, que debilitando a las dos potencias más fuertes de Europa, abriera fácil camino a su invasión. La sovietización de España fracasó gracias a los españoles, pero la guerra europea se desencadenó y se convirtió en mundial. El plan sovié-

tico no falló, pues, más que en parte, y hoy se esfuerza el Kremlín por conseguir lo que estuvo a punto de lograr en 1936. Si en la situación de hoy en la Europa continental la U. R. S. S. lograra en España un Gobierno de las características del francés actual, el Imperio británico estaría perdido. Basta mirar un mapa para comprenderlo; y la cosa está tan clara para Stalin, que hoy España se ha convertido en el primer objetivo de su imperialismo, de aquí su tenaz intento de debilitarnos y de revolver al mundo contra nosotros con las zarandajas de liberalismos, democracias, fascismos, nacismos, etc..., que hoy tienen completamente adulterados sus conceptos y que son simples cortinas de humo con las que se pretende encubrir la verdadera finalidad soviética.

Si a un señor se le produce una úlcera de estómago por injerir coñac descompasadamente, y un buen día tiene una perforación y se libra por un pelo de morir de peritonitis, será el mayor de los imbéciles si, una vez curado, vuelve a tomar una sola copa, así se lo pidan de rodillas y en cruz. España estuvo a punto de perecer por estar injiriendo democracia inorgánica durante un siglo, porque ésta fué la que canalizó la invasión soviética en su territorio (como fué la traición la que franqueó el paso de los Pirineos a los ejércitos napoleónicos), y es inútil que la prediquen la conveniencia de reincidir, porque está escarmentada.

Contra la amenaza del siglo, que pone en peligro toda libertad efectiva y toda idea de Dios y de Patria, no hay otra fórmula que corregir el mal del que arranca el peligro presente, que es la *injusticia social* consentida por el liberalismo, fundiendo lo social con lo nacional bajo el imperio de lo espiritual, y resistir con la máxima intransigencia ante todo intento de debilitación.

Los que creen que la Cruzada española fué un simple accidente en la vida nacional, del que se puede salir volviendo atrás y repitiendo fórmulas ya probadas con ruidoso fracaso, o son unos necios que no se dan la menor cuenta de los momentos que vivimos, o unos malvados a los que no preocupa la suerte de España ante la satisfacción de sus pasiones o de sus vanidades.

La Victoria del 1.º de abril, lo repetimos, es la primera de Occidente frente a la invasión soviética y el punto de arranque del *único* camino posible para atajar definitivamente el mal. Las naciones tan amenazadas como nosotros por el imperialismo asiático verán lo que hacen, y si nos siguen, porque no hay otro, y todo lo que sea titubear es darle bazas al contrario.

1.º de abril de 1946.

XXI

UN POBRE LORD

El ex embajador de S. M. británica en España, sir Samuel Hoare, está publicando estos días en la prensa inglesa una serie de artículos que, en su conjunto, vienen a constituir algo así como sus Memorias durante su misión diplomática en nuestra Patria.

La lectura de estos artículos ha de dejar seguramente estupefacto a cualquier hombre de buena fe que viviera en España en la época en que Lord Templewood desempeñó su cargo de Embajador, porque el panorama que este buen señor describe a sus compatriotas no se parece en nada a la realidad que vivió. ¿Tan mal informado estaba quien presume de una sagacidad diplomática poco común, o es que, resentido, deforma la verdad según los dictados de su pasión? Es muy difícil admitir que la información de un Embajador británico en los especialísimos años a que nos referimos fuese tan deficiente; y en cuanto a lo segundo, remitimos a sir Samuel al juicio de un héroe inglés, que fué nuestro enemigo, pero a la vez un cumplido caballero. En carta que el 27 de julio de 1787 dirige Nelson al príncipe Guillermo Enrique, dice el que había de ser

años más tarde gloria de la Marina británica: «Yo sé que V. A. R. no abriga resentimientos, ni los abrigará nunca, porque tales inclinaciones son incompatibles con los sentimientos de un hombre de honor.»

Además, ¿qué le hicimos nosotros a sir Samuel para que marchara de España tan resentido? ¿Qué culpa tenemos nosotros de que en su petulancia de «viejo reaccionario que no ha aprendido historia» —como dice de él su colega entonces en la Embajada de los Estados Unidos, Mr. Carlton Hayes, en su libro *Wartime Mission in Spain*— se trazara el plan de manejarnos como a cipayos y se cubriera de ridículo al fracasar rotundamente en su intento? ¿Quién le obligaba a sir Samuel a andar por España saludando brazo en alto —existen varias fotografías que lo atestiguan— y besando reverente el anillo pastoral de nuestros Prelados, a la vez que insinuaba, hecho mieles, la posibilidad de su próxima entrada en el seno de la Iglesia católica? ¿Por qué se dedicó a fomentar la subversión de los rojos mediante dádivas y a granjearse la simpatía del sector más frívolo de la sociedad española con continuas fiestas, en lugar de tratar de encontrar dónde estaba la medula de la realidad española, lo que hubiera sido mucho más eficaz para el interés británico y para el éxito de su gestión?

Sir Samuel vino, sin duda, a España con la intención de repetir su gestión en Rusia al final de la primera guerra mundial: derrocar al régimen y poner en España un Gobierno que acatara el vasallaje de la Gran Bretaña. En 1917 provocó, en efecto, la caída de los Zares rusos, pero la cosecha de la siembra de este astuto diplomático es hoy Stalin y el ejército rojo; y en 1944 se encontró con la horma de su zapato ante la realidad de una España noble y sincera en sus relaciones exteriores, pero rabiosamente celosa de su soberanía, cosa que el buen

lord no había notado ni en las intrascendentes conversaciones de sus *cocktails*, ni en las manifestaciones de los desdichados que bajo cuerda cobraban de sus fondos secretos. De aquí su mal humor y aquel su *gesto* del 18 de julio de 1944, tan incorrecto, y... tan poco elegante, y de tan mal corte como el chaquet color ala de mosca que lució aquella tarde por los jardines del palacio de La Granja.

Le vimos marchar sin pena. Con mayor agudeza y menos prejuicios hubiera podido lograr la simpatía de los españoles y servir mejor a su nación, pero fracasó. He ahí su tragedia, a la que por lo visto no se resigna, y al cabo de casi dos años aparece ahora atacando a España, pero de una manera tan burda que hace pensar que... ya está muy viejo.

Si sir Samuel tuviera un sentido del humor, que no demostró aquí con sus salidas de tono y su falta de flema británica, pensaríamos que escribe en broma.

Su versión de por qué no entraron los alemanes en España después de su llegada al Pirineo el 17 de junio de 1940, es realmente regocijante. Resulta que todo estaba preparado para la invasión de España, ¿saben ustedes?, y el plan de Hitler consistía en ir pasando soldados por la frontera a plan turístico, hasta que hubiera fuerzas suficientes en todas las poblaciones españolas; entonces los germanos sacarían sus armas, cuidadosamente escondidas hasta la «hora H», y como los españoles somos tontos, España quedaría invadida como por arte de magia. ¡Ah!, pero Hitler no contaba con sir Samuel. Sir Samuel recordaba la invasión francesas de 1808, porque sir Samuel tiene una gran pasión por la historia de Lord Wéllington, y el hecho de que llegasen a San Sebastián unos cuantos soldados alemanes para comprar fruta, le dió muy mala espina, y reaccionó colérico, amenazando al Gobierno español con su

inmediata retirada si seguían pasando la frontera soldados del Reich. El efecto fué fulminante. Por las divisiones germanas preparadas en el Pirineo, y listas para la invasión, cundió la noticia escalofriante: «*Achtung! Achtung! Sir Samuel zornglühend!*» (¡Atención! ¡Atención! ¡Sir Samuel arde en cólera!), y... ¡todo el plan alemán se derrumbó con estrépito! ¿Verdad que es para estar orgulloso? Lord Wéllington, con la ayuda de todo el pueblo español, tardó cinco años en arrojar de la península ibérica a las tropas napoleónicas; a Lord Templewood, contra todo el pueblo español, le bastó una enérgica amenaza, en una tarde de domingo, para detener en el Pirineo a los ejércitos germanos que acababan de barrer a todos los de Europa. ¿Qué dicen a esto el almirante Cunningham y el mariscal Montgomery? ¿Puede compararse siquiera lo que ellos hicieron por la victoria de su nación, con esta batalla de sir Samuel en aquella famosa tarde dominguera?...

En fin, sir Samuel, ¡que usted se mejore!

9 de abril de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA TERUEL

XXII

ESPAÑA Y POLONIA

Si cuando la U. R. S. S. aniquiló a la nación polaca y se apoderó de su territorio hubiera cambiado a éste de nombre, hubiera sido menos cruel.

Asesinar a un hombre es un crimen que todos los Códigos castigan con la más dura pena; matarlo agrediéndole por la espalda o cuando está dormido, agrava el delito con la alevosía; pero si a continuación el asesino coge el cadáver de su víctima y lo coloca en un balcón en grotesca actitud, después de colocarle un gorro de papel y pintarle bigotes y perilla con un corcho quemado, al asesinato alevoso hay que agregar el más repugnante e inconcebible de los escarnios.

Pues esto es sencillamente lo que ha hecho la U. R. S. S. con la desdichada y católica Polonia.

En 1939 Polonia se lanza a la guerra contra Alemania en defensa del famoso «pasillo» (¡qué lejos está ya aquel asunto que fué el fulminante que produjo la bárbara explosión cuyas consecuencias padece hoy el mundo!), fiada la infeliz en la ayuda francobritánica y en la neutralidad rusa. La ingente potencia militar del Tercer Reich arremete contra los polacos

y éstos son arrollados en el oeste de su nación, sin que nadie los ayude. La flota británica se siente impotente para franquear el Skagerrak y apoyar a los polacos en el Báltico, y el ejército francés permanece inmutable detrás de su línea Maginot, en la poca gallarda actitud del espada que permaneciera en el callejón contemplando impasible cómo el toro corneaba a un compañero en la arena, sin pensar siquiera en salir a ésta para «echarle un capote». (¡Oh manes de Bayardo, el caballero sin miedo y sin tacha!) Cuando Polonia está ya prácticamente vencida y malparando los últimos golpes de los germanos, la Humanidad se apunta otro tanto de gallardía. La U. R. S. S. ataca por la espalda a los polacos, y rusos y alemanes se reparten el territorio de Polonia. La única voz que se alza en el mundo condenando el hecho es la del Caudillo de España.

La U. R. S. S. pone rápidamente en práctica sus procedimientos en la Polonia ocupada, y en Katyn se consuma el bárbaro asesinato de masas de oficiales, de sacerdotes y de intelectuales polacos. Después, Alemania ataca a la U. R. S. S. y el frente de lucha corre hacia el Este, hasta Moscú. En el reflujo, cuando Varsovia está próxima al frente, los patriotas polacos, que obedecen al Gobierno exilado en Londres, se alzan contra los alemanes, confiados en la ayuda de los rusos que están próximos, pero los rusos esperan fríamente a que el mando militar de Varsovia reprima brutalmente la sublevación. Cuando ésta ha sido aniquilada, atacan y ocupan Varsovia. Los patriotas de la resistencia polaca que han podido escapar de los pelotones de ejecución alemanes, se creen a salvo y entre amigos, pero son detenidos por los rusos e internados hacia el Este, sin que se haya podido saber nada más de ellos...

Se pregona a los cuatro vientos la liberación de Polonia. ¡¡Qué sarcasmo!! Comienza el pleito entre el Gobierno exilado

y el Comité de Lublín, que es hechura comunista. Miembros del primero son invitados a trasladarse a Polonia para tratar de palabra la cuestión. Llegan a Polonia, y ¡hasta ahora! ¿Encarcelados, deportados, paseados? ¡Misterio tras el telón de acero! El Comité de Lublín se convierte en el Gobierno polaco y el de Londres queda en la estacada.

¡Polonia liberada! El hombre que asume hoy la primera magistratura de la nación es un tal Bierut, nacido en Polonia, pero súbdito ruso que vivió en la U. R. S. S. la friolera de cuatro planes quinquenales como funcionario del Komitern; el Gobierno es totalmente comunista; y el único núcleo de polacos que queda en libertad, que son los 200.000 hombres del general Anders, que se ha estado batiendo toda la guerra al lado de los Aliados, se niegan terminantemente a volver a su país. ¿Qué me dicen ustedes de la libertad y de la democracia de Polonia?

Pero no acaba aquí su martirio. Tras el crimen, el escarnio. El sátrapa de Stalin en el territorio polaco, pretendiendo ser ante el mundo el Gobierno de una nación soberana y libre, ¡reconoce como Gobierno a la cuadrilla de Giral! ¡Polonia, la católica Polonia, dando categoría de Gobierno a media docena de sinvergüenzas! ¿Por qué este ensañamiento? ¿Por qué no los reconoce la U. R. S. S.? ¿Por qué manchar el nombre de Polonia con un baldón de esta categoría?

Por si esto fuera poco, días después el Gobierno polaco pretende que el Comité de Seguridad de la O. N. U. examine el caso de España, a la que denuncia como *un peligro para la paz mundial,* asegurando que estamos fabricando *bombas atómicas* en Bilbao.

Esto es sencillamente de carcajada.

No sabemos lo que hará la O. N. U., ni, palabra de honor, nos importa; pero si resulta que por España peligra la paz del

mundo; que Polonia, Bulgaria, Yugoeslavia, Rumania y Finlandia son naciones libres y soberanas; que la U. R. S. S. es un país democrático; que el proceso del general Mihailovich no es un crimen; que no es otro el intento de repatriación de los hombres de Anders, y que Francia es uno de los *grandes...*, los historiadores de mañana harán bien en llamar a esta desdichada época el *siglo de oro de la mentecatez humana*.

15 de abril de 1946.

XXIII

¿PELIGRA LA PAZ?

Hoy o mañana, no sabemos cuándo, va a examinarse en el Comité de Seguridad de la O. N. U. la insigne sandez de la denuncia del Gobierno *quisling* polaco contra España.

El Comité de Seguridad de la O. N. U. tiene como misión estudiar medidas conjuntas de reacción contra aquellos Estados que amenacen la paz mundial, y resulta que, según la denuncia del delegado polaco, la única nación que en estos momentos pone en peligro la paz del mundo somos nosotros, porque estamos fabricando *bombas atómicas,* concretamente, en Portugalete. Y no ha agregado, para dar mayor verosimilitud a la denuncia, que el lugar de las experiencias es el edificio del Club Náutico, o una fábrica de galletas Marías, de verdadero milagro, pues la mentira calumniosa ha alcanzado en los tiempos que vivimos las marcas más insospechadas.

El Gobierno español, con una serenidad ejemplar, ha dado todo género de facilidades para que las naciones que mantienen con España relaciones de amistad puedan comprobar hasta qué extremo llega la falsedad de la canallesca denuncia, y no hay

por qué volver sobre el asunto, pero puesto que de la paz del mundo se trata, y como esta paz nos interesa por cuanto, por desgracia, no hay posibilidad física de cambiarse de planeta, vamos a lanzar un «aviso a los navegantes», que puede ser de interés.

Nuestra vecina Francia, en pleno caos político, del que tienen completa y exacta información el State Departement y el Foreign Office, está regida por un Gobierno al que, como a una marioneta, maneja Moscú. En el verano pasado se organizaron y armaron en territorio de Francia varios miles de rojos españoles que, con algunos franceses y otros extranjeros, se fueron infiltrando por la frontera del Pirineo para alterar el orden en el interior de España, lo que obligó al Gobierno español a tomar las elementales medidas de seguridad de vigilar la frontera. Las infiltraciones de rojos no han cesado y, en mayor o menor proporción, nuestros vecinos no han dejado de hacer todo lo posible por perturbarnos el orden público y la seguridad interior de España.

Después, sin venir a cuento y con positivo perjuicio de los intereses del pueblo francés, al que se ha privado de un comercio que le era muy conveniente en la caótica situación alimenticia en que se encuentra, Francia cerró su frontera y dió asilo y trato de favor a la cuadrilla de Giral. Ahora sabemos que en el sur de Francia se organizan nuevas partidas de rojos españoles y que los que había de éstos en el Marruecos francés van siendo enviados a la metrópoli, pagando los viajes no sabemos quién, para engrosar estas partidas, a las que fríamente se piensa enviar al matadero, pues, como es natural, a las partidas armadas hay que reducirlas por las armas...

¿Qué se persigue con todo esto? ¿Tendrá la U. R. S. S. interés en un incidente de fronteras serio, que pueda aumentar el

confusionismo existente para presentar a España como una agresora de la «dulce Francia»?

Los Gobiernos de Inglaterra y Estados Unidos tienen sobrados medios para comprobar esta organización de partidas en el mediodía francés. El hecho de que ya han pasado grupos de esta clase al territorio español y combatido con nuestras fuerzas de Policía es un *hecho probado*. ¿Quién pone en peligro la paz del mundo?

No nos dirigimos a la O. N. U., en la que nunca solicitamos entrar y de la que se nos excluyó en Potsdam, sino a todas las conciencias honradas del mundo. Nosotros damos facilidades para que se compruebe la idiotez de lo de nuestras *bombas atómicas*. ¿A que Francia no consiente en que se fiscalice las andanzas de los rojos españoles en suelo francés y a que Rusia no acepta que una comisión anglosajona vaya a ver qué es lo que están fabricando los técnicos alemanes que cayeron prisioneros en sus manos?

Una vez más lo advertimos. Los ataques contra España provienen de la U. R. S. S. y no tienen como objetivo meta España, sino el Imperio británico primero y los Estados Unidos después. Una península ibérica comunista sería la puñalada decisiva a Inglaterra y la sovietización del Viejo Mundo; y un Viejo Mundo vasallo de Moscú sería la ruina de los Estados Unidos.

Esta es la única verdad en medio de tanta mentira, de tanto tópico y tanta comedia. Y no lo decimos mendigando protección, porque nos sobra orgullo para ello, sino por un imperativo de humanidad del que ni nuestro orgullo, ni nuestra justa indignación ante el trato que estamos recibiendo, nos puede relevar.

Por lo demás..., ¡nos encogemos de hombros! Los españoles

estamos convencidos de que la indignidad es peor que la muerte, y de que entre la posibilidad de una muerte honrosa y la seguridad de una muerte con vilipendio, la elección no es dudosa. Quizá sea ésta nuestra verdadera *bomba atómica*.

17 de abril de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA
TERUEL

XXIV

DOS PALABRITAS A M. BONNET

No vamos a comentar el discurso de ataque a España pronunciado por el delegado polaco Lange ante el Consejo de Seguridad de la O. N. U. ¿Para qué? Las estupideces han sido de tal bulto que el comentario huelga; pero sí es interesante señalar el comienzo y el fin de esta sin par disertación.

Comienza así: «Honorables caballeros del Consejo de Seguridad», y termina: «En nombre del Gobierno de la República *libre* de Polonia...» Al dirigirse en estos términos a los miembros del Consejo de Seguridad, Lange, que lo es, se adjudica a sí mismo el calificativo de *caballero honorable,* y ¡hasta ahí podían llegar las bromas! ¿Qué habrán pensado los verdaderos caballeros que le escuchaban? ¡Caballero un hombre que miente con tal desvergüenza! Pues, ¿y el final? ¿Polonia una República libre? ¡¡Que se lo pregunten a los desdichados polacos!! Que se lo pregunten sobre todo al general Anders y a sus soldados, que son los únicos que podrán exponer su opinión entre todos los habitantes de la *libre* Polonia.

Total: que este miserable siervo de Stalin, que dicen que se llama Lange, ni tiene la menor idea de lo que es un caballero, y ofende a los que lo son al aplicarse a sí mismo ese calificativo, ni tiene el más elemental concepto de lo que son las más simples formas habituales entre gentes de honor.

Pero es al francés M. Bonnet al que queremos decir dos palabras..., sólo dos palabras.

Monsieur Bonnet, representante del Gobierno *quisling* de Francia, ha apoyado con la vehemencia de una histérica la absurda argumentación de su compinche Lange, tratando de convencer al Consejo de que España es un peligro para la paz del mundo, y en el calor de su perorata ha lanzado la siguiente frase, que no le pasamos: «El pueblo español reaccionará, como reaccionaron Francia y otros pueblos oprimidos contra la ocupación alemana...» ¡Alto ahí! Usted, M. Bonnet, podrá mentir lo que quiera y decir todos los disparates que le consientan sus oyentes, pero no tiene usted derecho a injuriar al pueblo español con esa comparación.

El pueblo español es una cosa mucho más seria de lo que usted se imagina, y ante las invasiones de extranjeros reacciona como reaccionó en 1808 y en 1936. En 1808, su Napoleón —que tuvo que reconocer en el destierro de Santa Elena que el pueblo español se había comportado como un *hombre de honor*—, se metió en España como amigo, y cuando se puso al descubierto su traición se levantaron contra sus ejércitos hasta las piedras de España, y hasta las mujeres y los niños combatieron contra vuestros granaderos y vuestros mamelucos para arrojarles de nuestro suelo. El pueblo español es el alcalde de Móstoles, Malasaña y Agustina de Aragón. ¿Se entera usted, M. Bonnet? Y en 1936, cuando un Gobierno de traidores al servicio de Rusia,

de la misma constitución moral que el que hoy rige a Francia, iba a entregar a España al vasallaje del Zar rojo, volvió a levantarse el pueblo español y no paró hasta arrojar fuera de sus fronteras a las «brigadas internacionales», constituídas por comunistas de todas las nacionalidades, y en especial de franceses y rusos. ¿No sabe, M. Bonnet, que todos esos millares de hombres, muchos millares de hombres, y su cuantioso armamento procedente de la U. R. S. S., pasó por Francia? ¿No recuerda cómo el ministro del Aire Pierre Cott desmanteló los aeródromos de Francia para alimentar la guerra contra España? Pregúnteselo a Marty, el carnicero de Albacete, o a Tito, con el que tendrá buenas relaciones puesto que ambos sirven al mismo señor. Estos lo saben bien porque en sus costillas experimentaron lo que es la reacción del pueblo español contra las invasiones extranjeras.

¿Qué comparación cabe entre estas manifestaciones de la virilidad de un pueblo que sólo ante Dios se inclina y vuestra *resistence?* Yo no dudo, y para ello todos mis respetos, que muchos y buenos soldados de Francia cayeron en 1940 defendiendo a su patria contra la invasión alemana; pero vosotros, los que ahora os atribuís la representación de la nación francesa, ¿qué hicisteis? ¿No desertaron Thorez y los comunistas? ¿No huisteis los demás, dejando al pueblo abandonado? ¿No habéis reducido al ostracismo a De Gaulle, que no quiso rendirse para aceptar el mando de los desertores del ejército francés?

Después, los aviones anglosajones os arrojaron armas con profusión; ¿y quién se atrevió a cogerlas? Pues los rojos españoles, que fueron los que quedaron dueños de media Francia cuando los ejércitos angloamericanos obligaron a los alemanes a retirarse... No, M. Bonnet, vuelva a la realidad y no fantasee,

que el mundo no es tonto y sabe la verdad de lo que ha sido la reacción francesa ante la invasión alemana.

¿La Francia que ustedes representan una gran potencia? ¿Ustedes uno de los *Grandes?* ¡Vamos, hombre! Grande... ¡la nariz de Cyrano de Bergerac!

23 de abril de 1946.

XXV

NOÉ Y LA DEMOCRACIA INORGÁNICA

En un discurso pronunciado recientemente por Sir William Beveridge en Darligton (Condado de Durham), el ilustre sociólogo británico se ha lamentado de que los principios de la Carta del Atlántico «hayan volado con los peores vientos de Yalta y de Potsdam». «El liberalismo —dijo también, y lo transcribimos textualmente— respeta el derecho de todos los pueblos a escoger la forma de Gobierno bajo la cual desean vivir. Los liberales de la Gran Bretaña desean amistad con todos los pueblos, pero no piden que todos sus vecinos tengan "gobiernos amigos" en el sentido de gobiernos del modelo británico.»

Nos parece magnífica la manera de pensar de los liberales británicos. Sí, señor; que cada cual se vista a la medida y según la moda que más le acomode. Sólo así será posible la convivencia entre los pueblos. Todo esto está muy bien; pero creemos que Mr. Beveridge no fué muy consecuente con esta teoría al exponer hace unos días en el *Observer* las impresiones de su última visita a España.

Por lo pronto, el título de su artículo, publicado por el periódico londinense, «Cómo deshacerse de Franco», nos ha sabido

muy mal a los españoles, y se lo decimos noblemente a míster Beveridge, porque, en primer término, los españoles exigimos para nuestro Caudillo de los extranjeros que con nosotros mantienen relaciones de amistad la misma consideración y el mismo respeto que los ingleses, por ejemplo, tienen derecho a exigirnos a nosotros en relación con Su Graciosa Majestad Jorge VI, y porque, además, en el problema que enuncia ese título los españoles no admitimos que nadie, absolutamente nadie, pueda meter baza. ¿Qué diría Mr. Beveridge, y cualquier inglés, si viese en un periódico español un artículo titulado «Cómo deshacerse de Jorge VI»? Le parecería realmente monstruoso y absolutamente intolerable, ¿verdad? Pues exactamente igual nos parece a nosotros que se establezcan por los extranjeros teorías sobre la manera de retirar a la vida privada a un Caudillo que nos ha librado de la esclavitud de Moscú, y por el cual el pueblo español tiene la veneración y el cariño que míster Beveridge pudo apreciar en la manifestación del 1.° de abril. ¿Cree honradamente Mr. Beveridge que ha habido en ninguna parte, durante los dos últimos siglos, manifestación de adhesión de un pueblo a su gobernante siquiera parecida a ésta?

«Si España pudiera conseguir la libertad —dice el articulista— sería como un pionero entre las naciones modernas.» Vamos a contestar a esto con un cuento, correspondiendo con él a la fábula del viento y el sol de Mr. Beveridge. Es un viejo cuento que todos los españoles conocen, pero que quizá no tenga la misma popularidad en el Reino Unido.

Dicen que una tarde estaba San Pedro sentado en las puertas del Cielo conversando amigablemente con varios varones bíblicos, cuando llegó, con la pretensión de entrar en la Gloria, un labriego andaluz de la vega del Guadalquivir, que había fallecido ahogado en una crecida del río.

El hombre, para hacer méritos y con la exageración que es proverbial entre los naturales del mediodía español, empezó a contar la catástrofe en los términos más espeluznantes, en medio de la atención y el asombro creciente de los contertulios del Santo portero, y cuando en su fantástica narración las aguas del río desbordado habían cubierto ya totalmente a la Giralda, se dió cuenta de que un venerable anciano de luengas barbas, que estaba en el corro, le miraba irónicamente haciendo esfuerzos por contener la risa.

—¿Se *pué sabé* —preguntó amostazado el sevillano interrumpiendo bruscamente su discurso— quién es aquí el *señó* que toma a guasa una *egrasia* tan grandísima?

—Es Noé—, le dijeron..., y nuestro hombre lo comprendió todo.

Pues bien, Mr. Beveridge, nosotros los españoles no solamente no somos unos neófitos en eso de las libertades a que usted se refiere, sino que... somos Noé, y estamos ya de vuelta.

Como hombre especializado en cuestiones económicas y sociales, Mr. Beveridge creerá seguramente en la Estadística, y vamos a darle cifras que puede fácilmente comprobar en cualquier manual de Historia de España.

Desde la muerte de Fernando VII (septiembre de 1833) hasta el 18 de julio de 1936, es decir, en algo menos de ciento tres años, que corresponden a la experiencia de democracia inorgánica de la nación española, durante los cuales los españoles tratamos de disfrutar de esas famosas libertades de pensamiento, prensa, asociación, reunión, etc., sin freno ni medida, y en los que los partidos políticos tuvieron la más fecunda de las floraciones, España *sufrió:*

Once cambios de régimen (Reina Gobernadora, Regencia de Espartero, Isabel II, Gobierno provisional del general Serrano,

Amadeo I, primera República, Gobierno provisional del general Serrano otra vez, Alfonso XII, Regencia de Doña María Cristina, Alfonso XIII y segunda República).

Tres destronamientos de reyes (Isabel II, Amadeo I y Alfonso XIII).

Dos destierros de regentes (María Cristina y Espartero).

Cuatro atentados contra Reyes (Isabel II y Alfonso XIII).

Dos Repúblicas, que fueron dos caos indescriptibles.

Ocho Constituciones (1812, 1834, 1845, 1845 (reformada), 1845 (vuelta a reformar), 1869, 1876 y 1932), que ninguna pudo ser puesta en práctica arriba de unos meses seguidos por la necesidad de «suspender las garantías» para dominar el desorden interno. La republicana de 1932 se vota al mismo tiempo que la ley de Defensa de la República, que suprime todas las tan decantadas garantías.

Dos Dictaduras (la del general Narváez, en 1847, y la del general Primo de Rivera, en 1923), únicos *oasis* de la vida nacional en los que hay orden y prosperidad económica.

Tres guerras civiles, de las que una dura siete años y otra seis.

Cuatro presidentes del Gobierno asesinados (Prim, Cánovas del Castillo, Canalejas y Dato).

La friolera de ciento nueve Gobiernos, que corresponden a una media de uno cada once meses.

Más de veinticinco revoluciones serias, aparte de un sin fin de revueltas, asaltos, incendios de iglesias y conventos, matanzas de frailes, represalias y crueles persecuciones.

Varias guerras, separatismos regionales y pérdida de los últimos jirones de nuestro imperio colonial, y por último,

Desastre económico, constantes conflictos sociales, y en los últimos años un terrorismo permanente, que llega a su apoteo-

sis cuando el Gobierno del frente popular tomó la decisión, no sabemos en el ejercicio de qué clase de libertad, de asesinar al jefe de la oposición parlamentaria, el protomártir de la Cruzada de Liberación, señor Calvo Sotelo.

¿Somos o no somos Noé en esto de la democracia inorgánica? ¿Qué diría Mr. Beveridge si la puesta en práctica de esas famosas libertades que tanto le entusiasman, se tradujera en su país en que un buen día se reuniera Mr. Attlee con otros miembros de su Gabinete y acordaran enviar por la noche unos cuantos *policemens* a casa de Mr. Churchill con la orden de sacarle de ella con engaño y pegarle cuatro tiros junto a las tapias de un cementerio?

Pues eso fué exactamente lo que hicieron los hombres del Gobierno del «frente popular» español después de encaramarse en el poder por la violencia; y esos son los individuos que hoy andan por las capitales de Europa llamándose «Gobierno exilado», clamando por las *libertades* de España y a los que, a causa del absurdo confusionismo existente, muchas personalidades honorables reciben y dan la mano...

Respecto a la fábula del viento y el sol, debemos declarar que no tiene aplicación exacta en el caso que nos ocupa. El viento apostó con el sol que le quitaría el abrigo a un hombre y sopló con ímpetu; el hombre se abrochó su abrigo y se lo afianzó aún más. Entonces el sol le aplicó su *suave calor,* y el hombre, al sentirlo, se quitó el abrigo sin ningún esfuerzo, con lo que el sol ganó.

Ingeniosa la fábula e intencionada. Sí, señor; pero inaplicable, porque a nosotros no es el abrigo lo que se intenta quitarnos, que eso es una cosa accesoria, sino *la piel,* que es consubstancial con la vida del hombre. Para nosotros, nuestra soberanía, nuestra independencia, nuestra *libertad* de resolver

nuestras cosas como a nosotros nos parezca, sin intromisiones de nadie, y nuestro derecho a entender la democracia a nuestra manera y a *hacernos los trajes a la medida* de nuestra conveniencia, y no a la de los extranjeros, es nuestra *piel,* y desafiamos al sol y al viento de Mr. Beveridge a que nos la quite, porque sin ántes quitarnos la vida no lo conseguirán...

30 de abril de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA
TERUEL

XXVI

ESPAÑA Y LA O. N. U.

De la denuncia contra España del delegado polaco Lange ante el Consejo de Seguridad de la O. N. U., ha resultado que éste ha aceptado la proposición australiana, con la única abstención del delegado soviético Gromyko, de constituir un Subcomité para que *estudie la cuestión*. Este Subcomité ha quedado formado por los delegados de Australia, Brasil, Francia, China y Polonia.

Este es el hecho en sí. Analicémosle, que vale la pena.

Primera cuestión. El Comité de Seguridad de la O. N. U., como su nombre lo indica, tiene como misión estudiar qué naciones representan *un peligro para la paz del mundo* y adoptar las medidas conjuntas oportunas para conjurar dicho riesgo. Apoyándose en esta misión concreta, uno de sus miembros, el representante polaco, denuncia que España fabrica la *bomba atómica;* que se está armando hasta los dientes; que construye acorazados e ingentes masas de carros y aviones; que fabrica aspirina Bayer (sic) y no sé cuántas estupideces más. El Gobierno español, con una paciencia y una serenidad admirables, dice que autoriza a las naciones que con España mantienen relaciones de amistad para que visiten sus industrias y comprueben *de visu* hasta qué punto es una canallada la tal denuncia. La

U. R. S. S. y sus *vasallos* se oponen de la manera más terminante a que esta comprobación se lleve a cabo. ¿Por qué? ¿Es que no se fían de lo que pudieran informar los técnicos ingleses, norteamericanos, brasileños, australianos..., etc., a quienes pudiera encomendarse esta visita? ¿Es que temen que *se siente el precedente* y alguien pudiera pedir un día que se sometan a igual investigación los laboratorios y las industrias soviéticas? ¿Es que saben positivamente que la denuncia polaca es una vil calumnia y han querido evitar que esto quede de manifiesto de la manera más concluyente?

Por muy buen deseo que se ponga no es posible encontrar otra explicación a esta absurda negativa; y a las conciencias honradas del mundo que realmente deseen la paz señalamos la gravedad del síntoma. Porque *una de tres:*

O una parte de la O. N. U. (la U. R. S. S. y sus adláteres) desconfía de la otra, y esto será *por algo,* en lo que evidentemente España nada tiene que ver;

O la U. R. S. S. está preparando armamentos que quiere mantener en el mayor secreto, y estos armamentos serán indudablemente *para algo;*

O la U. R. S. S. y sus satélites tienen una *mala fe* manifiesta, y esto también será *por algo* y *para algo.*

En el aspecto jurídico, la cuestión de España en la O. N. U. no resiste la crítica más benévola. El más calamidad de los alumnos de primer año de Derecho encontraría a montones los argumentos para demostrar el *absurdo jurídico* dentro de los conceptos secularmente establecidos como fundamentales entre las gentes civilizadas. Es recusable la jurisdicción; se rechaza la práctica de pruebas; no se oye al acusado; se nombra juez al denunciante. En fin, una verdadera monstruosidad, de la que la víctima va a ser la O. N. U. y no España. Porque en el mundo

hay muchos millones de hombres honrados que discurren con su cabeza y sienten con su corazón. Estos hombres, verdaderos amantes de la paz, tienen aún sus esperanzas en la O. N. U. Piensan que esta organización puede ser *una cosa seria,* que les ponga a cubierto de los riesgos de nuevas guerras, y si ven que cuando tantos problemas gordos hay por resolver y cuando el mundo está desquiciado y muy enfermo, como ha dicho Churchill, la O. N. U. de sus esperanzas pierde su tiempo en perturbar la vida de una nación pacífica que a nadie pide nada, valiéndose de tan recusables procedimientos, ¿qué van a pensar? ¿No es lógico que se desengañen y lleguen a la conclusión de que se trata de una *checa internacional* o de una *reunión de mangantes?* En el primer caso, la O. N. U., en lugar de representar una garantía de paz, será un motivo permanente de peligro para cualquier nación, pues nadie está libre de una calumnia, y si ésta es juzgada por el calumniador, ustedes dirán...; en el segundo, la O. N. U. será inútil y costará dinero. Total: este asunto puede ser motivo justificado de desprestigio para la propia organización. Y si las masas de gente, esas masas que constituyen los pueblos en nombre de cuya libertad tanto se habla, llegan a esta conclusión, ¿será democrático que subsista el organismo? En fin, esto es cosa de los pueblos que forman parte de la O. N. U.

Razonemos ahora en orden al hecho concreto que se examina: *España es un peligro para la paz mundial.*

Indudablemente que hasta el más lerdo de los *cow-boys* del Far-West, por alejado que esté de lo que pasa en el mundo, se asombrará ante tan pintoresca afirmación, porque vamos a ver, ¿cómo puede ser España un peligro para la paz del mundo?

Por lo pronto, ninguna nación puede representar peligro de ninguna clase para otra ni un riesgo de guerra, por tanto, más

que por su *actividad en política exterior*. La *política interior* nada tiene que ver con la acción de fronteras para fuera; por consiguiente, la *situación interna,* en abstracto, de un pueblo guarda la misma relación con la actividad de este pueblo respecto a los demás que la del color de la tapicería de un vagón de ferrocarril con la velocidad del tren de que forma parte. Si el pueblo alemán no hubiera tenido apetencias de fronteras para fuera y no se hubiera anexionado Austria, ni hubiera planteado el pleito de los sudetes, ni reivindicado el famoso pasillo polaco, no se le hubiera considerado como un peligro y nadie hubiera atacado al nazismo alemán. Si la U. R. S. S. se conformase con vivir dentro de sus fronteras, sin pretender apoderarse de las demás naciones mediante el sistema de gobiernos comunistas *quislings,* nadie temería a la U. R. S. S., y... muchos la temen y con sobrados motivos.

Pues bien, ¿cómo puede ejercer España una *acción en el exterior* peligrosa para la paz del mundo? No hay más que dos posibilidades:

O España tiene la fuerza militar necesaria para derrotar a todas las demás del mundo reunidas y el espíritu imperialista de atacar;

O España representa *algo* que es objetivo de intereses encontrados entre otros grupos de potencias.

La primera posibilidad hay que desecharla de plano por absurda. Nadie puede pensar en serio que España sea hoy capaz de batir a los ejércitos y a las flotas aéreas y navales de las Naciones Unidas, ni que con esta fuerza, y el espíritu imperialista de apoderarse del mundo, no hubiera aprovechado la coyuntura de la guerra mundial para decidirla a su favor.

Por lo tanto, si sólo en nuestra acción exterior puede haber peligro de guerra para el resto del mundo; si esta acción sólo

podría manifestarse en una agresión armada, y si es de idiotas pensar que pudiéramos ni soñar siquiera en realizarla, ¿de qué diablos se nos acusa?

Veamos la segunda posibilidad. ¿Es que España representa *algo* que constituye el objetivo de intereses encontrados entre dos grupos de naciones? ¡Ah!, esto es distinto; pero si es así, ¿qué culpa tiene España? El peligro de la paz no está en España en sí, que por mucho que fuera su altruísmo no podría eliminarse del planeta con sus territorios, sus costas, sus ríos y sus montañas, sino en esos intereses encontrados que otros tienen sobre España. España no sólo no es en tal hipótesis la culpable de que la paz del mundo peligre, sino que es la víctima del motivo de esa pugna de intereses que sobre ella tienen esos otros dos grupos de naciones, que todos están integrando la O. N. U. Véase la O. N. U. *por dentro* y será mucho más eficaz para el cumplimiento de la misión que tiene encomendada.

Supongamos que un hombre pretendiera asaltar la casa de otro para desvalijarle, pero que para ello necesitara forzosamente pasar por el patio de la de un tercero. ¿Habría nadie que considerase razonable que se culpase a este tercero de ser el provocador de la posible lucha a que pudiera dar lugar el asalto?; y ¿qué se diría si el que corre el riesgo de ser asaltado se pusiese de acuerdo con el presunto asaltante para juzgar de tal *delito* al tercero en cuestión, máxime cuando éste es un señor que está dispuesto a que nadie se meta en su casa?

Este es el verdadero problema, que a todos los hombres honrados y pacifistas del mundo interesa, y lo demás sólo son «camelos», en los que únicamente creen cuatro teóricos utopistas, como el pedante de Salvador Madariaga.

La U. R. S. S. quiere la guerra civil en España, que sabe que se provocaría indefectiblemente con una intervención extranjera,

porque espera de ella el poner en la península ibérica (Portugal correría fatalmente la misma suerte) un gobierno *quisling* de Moscú, para lo que cuenta con los traidores necesarios; y quiere esto para situarse geográficamente en condiciones de aniquilar al Imperio británico y después dominar a Estados Unidos.

Lo repetimos una vez más, y... quien tenga oídos, que oiga. No nos interesa sembrar la discordia. Todo lo contrario. Nadie desea la paz más que España, que, además, a nadie pide nada; pero por lo mismo nos interesa que los occidentales no caigan en lo que sería la trampa más trágica de la Historia.

Por lo demás, ese Subcomité de la O. N. U., a cuyos miembros nos imaginamos sentados alrededor de una mesa, con el dedo índice sobre la frente esperando el brote de una idea, en la actitud pensativa del Gato Félix, puede decidir lo que le parezca. Nos da igual. Los españoles a nadie tememos y estamos firmemente decididos a no dejarnos avasallar...

No tenemos ni bombas atómicas, ni acorazados, ni aviones, ni masas de carros de combate que puedan compararse a las que el mundo, si enloquece, puede lanzar sobre nosotros, pero (¡no se lo digan ustedes a Lange!) tenemos algo mejor: *Tenemos la razón y creemos en Dios*, que *existe* (¡vaya si existe, señor Giral!) y derrama, generoso, su gracia sobre la tierra regada con sangre de mártires. La de los inmolados en los circos romanos salvó a Occidente de los bárbaros y del Turco; la de los mártires de nuestra Cruzada lo volverá a salvar de la nueva amenaza que se cierne en Oriente. ¡¡Qué fuerza da este convencimiento!! Piensen en ello los extranjeros que nos escuchan y que tengan la suerte de creer en que, por encima de toda esta miseria humana, hay una voluntad infinitamente más poderosa que todas las fuerzas materiales del mundo reunidas.

4 de mayo de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA · TERUEL ·

XXVII

EL PACTO CON EL DIABLO

Leyendo el otro día la obra *Sangre, sudor y lágrimas,* que es una recopilación hecha por Randolph S. Churchill de los discursos pronunciados por su padre Winston Churchill desde mayo de 1938 a agosto de 1941, nos encontramos con unos contundentes juicios de esta ilustre personalidad británica que consideramos hoy, después de seis años testigos de tantas cosas, de plena actualidad.

En una charla radiada el 20 de enero de 1940, el jefe de los conservadores ingleses dice así refiriéndose a Finlandia, que en aquellos momentos combatía sola contra la U. R. S. S.: «Finlandia, sola —soberbia; más, sublime— en las fauces del peligro, muestra lo que pueden hacer los hombres libres. El servicio rendido por Finlandia a la humanidad es magnífico. Ha mostrado, para que todo el mundo pueda verlo, la incapacidad militar del ejército rojo y de la fuerza aérea roja. Muchas ilusiones sobre Rusia soviética han quedado desvanecidas en estas pocas semanas de fiera lucha en el círculo ártico. Todos los pueblos pueden ver cómo el comunismo pudre el alma de una nación; cómo la hace abyecta y hambrienta en la paz, evidenciándose

baja y abominable en la guerra.» Y termina así: «Llegará un día en que las campanas del regocijo repicarán nuevamente en toda Europa, cuando las naciones victoriosas, dueñas no solamente de sus adversarios, sino también de sí mismas, proyectarán y construirán sobre la justicia, la tradición y la libertad una casa de muchas mansiones, en las que habrá lugar para todos.»

Churchill consideraba, y con razón, nada menos que sublime a la Finlandia de Mannerheim, que en 1940 se batía sola contra la U. R. S. S. en defensa de su independencia, y afirmaba que su servicio a la humanidad era magnífico porque el comunismo «pudre el alma de las naciones y las hace abyectas en la paz y abominables en la guerra». Churchill estaba convencido de esto desde muchos años antes y, con la vehemencia de su temperamento enérgico y justo, lo había manifestado con toda claridad y repetidas veces en sus libros y discursos. El espectáculo de Finlandia en 1940 le entusiasma, porque forzosamente tenía que entusiasmar a toda conciencia honrada. Es el pequeño que se defiende contra los injustos golpes del coloso. Es la nación débil en fuerza material, pero que, dignamente, no admite jerarquías en la soberanía de los pueblos y prefiere perecer a ser esclava; es, en efecto, un símbolo ejemplar de pueblo libre, como lo fué Sagunto y como lo fueron Numancia y Zaragoza.

A partir de junio de 1941, el Premier británico ya no puede expresar libremente sus íntimos pensamientos en orden a la U. R. S. S., porque la U. R. S. S. entra en la guerra al lado de la Gran Bretaña para combatir a Alemania. ¿Se puede hablar ya de democracias frente a totalitarismos? ¿Es la U. R. S. S. una democracia como Inglaterra o un Estado totalitario como el Tercer Reich? No hay quien pueda ni siquiera titubear para responder a tal pregunta, pero... se sigue hablando de demo-

cracias y libertades contra totalitarismos y tiranías, aunque Hitler subiera al poder en virtud de una votación popular y Stalin se ría de lo que piense el pueblo ruso y sea un Zar tan autócrata como Pedro el Grande. A partir de este momento empiezan los confusionismos y los conceptos se tergiversan de la manera más absurda. Ya nadie puede hablar sinceramente. Al pueblo «abyecto en la paz y abominable en la guerra», hay que llamarle «noble y valeroso aliado», y a quien un día se calificó de bandolero, hay que denominarle «mariscal de los ejércitos de la libertad»...

¿Qué ha pasado para llegar a esta situación tan trágica para los hombres verdaderamente libres? Pues, sencillamente, que se *ha pactado con el diablo,* y los pactos con el diablo no pueden conducir a nada bueno. ¿Se hizo mal? ¿Se hizo bien? Inútil discutirlo, porque lo hecho, hecho está, y ahora lo que importan son las consecuencias.

Inglaterra creyó, puede que con razón (tampoco es cosa de discutirlo ahora), que el Tercer Reich amenazaba seriamente al Imperio británico; necesitó al diablo para vencerlo, y dándole a través de las rutas de Murmansk y del Golfo Pérsico ingentes cantidades de material bélico, convirtió la «incapacidad militar roja», puesta de manifiesto en Finlandia, en un poderoso aliado.

Alemania fué vencida, aniquilada. El peligro del imperialismo germano, amenaza del mundo, desapareció. Había llegado el momento de construir «sobre la justicia, la tradición y la libertad» la gran casa, la de los sueños del gran hombre libre que es Churchill, donde todos los pueblos tendrían su mansión y vivirían felices y tranquilos, sin temor a que ningún brutal poderoso les atropellara; pero a la hora de empezar a poner los cimientos de este ideal... empezó a aparecer el rabo del diablo

por todas partes: en Finlandia, en Estonia, Letonia y Lituania, en Polonia (en la figura de un pequeño diablejo que se llamó el Comité de Lublín), en Rumania, en Bulgaria, en Yugoeslavia, en el Irán, en Francia... La mayor parte de las mansiones de la gran casa europea que Churchill destinaba a cómoda habitación de pueblos libres fueron eliminadas por la taumaturgia de Mefistófeles de la vista de los occidentales, y allá, tras el telón de acero, quedaron los pequeños pueblos libres sometidos a la bárbara tiranía de diablillos subalternos, con sus cuernecitos, su rabo y las mismas negras intenciones que el gran diablo que tiene su sede en Moscú.

El rabo del diablo asoma en todas partes. Hasta en el Parlamento británico.

El otro día, cuando Churchill se oponía a la retirada de las fuerzas armadas británicas de Egipto y hacía referencia a la acción diplomática y de Gobierno de Inglaterra durante los últimos setenta años, en los que edificó su grandeza «con tanto trabajo y cuidado», el rabo del diablo surgió entre los escaños. El diputado comunista Piratin le interrumpió: «¡Bastantes fueron!» Es decir, que un ciudadano inglés estima en pleno Parlamento británico que *ya está bien* de poderío británico, y es que, claro, Piratin no es ciudadano inglés más que para tener derecho, por imperativo de la doctrina democrática en boga, a decir estas desvergüenzas contra su patria en el Parlamento; él es, como comunista, súbdito de Stalin y... sirve al diablo.

Estas son las consecuencias de aquel trágico pacto.

Y así como Fausto, arrepentido, exige a Mefistófeles que salve a la pobre Margarita, que está en la cárcel condenada a muerte por culpa del pacto maldito, ahora se insiste en que la U. R. S. S. salve al mundo, cuando es la U. R. S. S. la única causa de sus males. «El mundo se enfrentará con un período de

miserias, muertes y abyección, a menos de que las democracias occidentales lleguen a un acuerdo con la Unión Soviética», ha declarado Winston Churchill en su último discurso de Westminster. ¡Ojalá!; pero esto es utopía pura. ¿Un acuerdo conveniente y sincero con la Unión Soviética mediante los oficios de la O. N. U.? ¡¡Pero, Mr. Churchill!! ¡Que lo que quiere la U. R. S. S. es merendarse al mundo y usted lo sabe bien! ¿Qué base de negociación puede establecerse en estas condiciones? ¿Qué garantías habría para el cumplimiento de lo acordado?

Lo hecho, hecho está, y al juicio de la Historia queda, pero otro pacto, no. Si el mundo occidental quiere salvarse no tiene más que un camino: el de Margarita, preferir la muerte al infierno y rechazar la ayuda (¡lucida ayuda!) de Mefistófeles.

Así, sí. Así, Dios —que puede mucho más que el diablo, por muy Stalin que sea— hará que se salve, y... hasta es posible que se salve también Fausto por los merecimientos de la infeliz Margarita, como al final de la obra de Goethe.

9 de mayo de 1946.

BIBLIOTECA PUBLICA
B. TERUEL

XXVIII

LOS DON OPPAS DEL SIGLO XX

La figura, entre legendaria e histórica, de Don Oppas, constituye para los españoles el prototipo de la traición más repugnante.

De niños, cuando recibimos los más primarios conocimientos de Historia, nos enteramos de que allá por los comienzos del siglo VIII hubo un prelado apóstata, ambicioso y desaprensivo, que, por resentimientos con el último de los reyes godos, aconsejó secretamente a los árabes la invasión de España; que después, en la batalla de Guadalete, cuando la acción estaba a punto de decidirse en favor de las armas cristianas, se pasó con sus huestes al enemigo, y esto determinó la catastrófica derrota de Don Rodrigo; que más tarde, en Covadonga, tuvo la avilantez de proponer la rendición a Don Pelayo en nombre del caudillo árabe Alkamah, y que, por último, el traidor fué derrotado y muerto por los bravos astures que iniciaban la reconquista que había de durar más de siete siglos.

Esta impresión, recibida en los años en que el hombre tiene tanta sensibilidad para distinguir a los *buenos* de los *malos,* ya no se nos borra nunca, y cuando en el transcurso de la vida

nos tropezamos con la traición, o simplemente con la traicioncilla, la figura de Don Oppas, tal como nos la forjamos en la infancia, nos viene en seguida a la imaginación.

Hace unos días, un buen amigo, hombre ponderado e inteligente, incapaz de una violencia, y al que a lo largo de muchos años nunca había visto perder los estribos, hojeaba, pacíficamente sentado en un sillón, uno de esos boletines de información de radio extranjera, en los que los historiadores de mañana tendrán la más copiosa prueba documental de la grave crisis de moral que caracteriza los calamitosos tiempos que vivimos, cuando de repente se puso en pie de un salto, a la vez que lanzaba, tajante, un taco de la más recia sonoridad castellana.

—¿Qué pasa?—, inquirí sorprendido ante tal reacción en persona tan circunspecta.

—Pues que Don Oppas fué una ursulina si se le compara con el... tal de Giral—, me respondió iracundo, pero sin decidirse ya a emitir el calificativo que, sin duda, tenía a flor de labio.

—¿Pues?

—Toma y lee—. Y me alargó el boletín.

La noticia procedía de Associated Press y había sido emitida por Londres. Según ella, el Presidente del Gobierno republicano en el exilio, José Giral, había manifestado a un grupo de miembros de las dos Cámaras británicas (agárrense ustedes y no cometan la incorrección de mi amigo si hay señoras delante) que «su Gobierno está convencido de que el movimiento de resistencia dentro de España derribará a Franco sin efusión de sangre si se inicia una presión extranjera contra el régimen actual». La noticia añadía que en una conferencia de prensa Giral había declarado:

«Que su Gobierno está ya en condiciones de provocar una rebelión armada en España.

»Que si el Consejo de Seguridad no decide proponer medidas contra Franco, su Gobierno (que ahora ha recibido un *serio refuerzo* con Sánchez Guerra) continuará fortaleciendo las fuerzas de resistencia dentro de España; y

»Que las sanciones económicas no perjudicarán al pueblo español, pero acelerarán la caída de Franco.»

¿Qué les parece a ustedes? ¿Verdad que hace falta un gran esfuerzo para no perder la paciencia?

Desde luego, mi amigo tenía razón. Este miserable Giral deja en mantillas a Don Oppas. Como él, incita al extranjero contra su patria, que le maldice mil veces; pero Don Oppas fué, por lo menos, un hombre, en el sentido viril de la palabra, que combatió bravamente y se expuso a las flechas de los arqueros de Don Pelayo hasta caer luchando. En cambio, Giral y su cuadrilla huyeron como gatas ante el avance de las tropas españolas, y con el alma cargada de crímenes, se fueron con el oro robado que ahora les sirve para pagar las propagandas contra España y para vivir en buenos hoteles y viajar de acá para allá mendigando ayudas y diciendo idioteces.

Nosotros, de lo que es lógico no nos asombramos.

Que Giral y sus compinches anden por el mundo dando el espectáculo de hasta dónde puede degradarse la dignidad humana, es natural, porque son así de viles y así de necios, y han llegado a creerse que ellos —sus personitas— son algo en el pleito que se ventila. Que la U. R. S. S. nos odie y se valga de todos los medios de todo linaje para provocar una situación de debilidad en España, es también lógico, porque la U. R. S. S. sabe adónde va. Quiere dominar al mundo, apoderándose de él bajo el impulso del más brutal imperialismo conocido, y sólo en España encuentra la resistencia de la roca viva, y claro, su acción principal se dirige contra España, tratando de incitar contra

ella al mundo entero porque en otras direcciones sus tentáculos encuentran más blando el camino. Y como la U. R. S. S. es amoral en sus procedimientos, se vale de todo: de la calumnia, del crimen, de la estupidez, de la vanidad y... hasta de Giral y su *troupe*.

Lo que ya no es tan lógico es que hombres serios, como deben serlo los miembros de las dos Cámaras británicas que han recibido a Giral, pierdan su tiempo —cuando tanta cosa importante y urgente para su nación tienen para pensar— escuchando las incongruencias de ese mentecato. ¿Cómo es eso de hacer una revolución en España sin efusión de sangre? ¿Es que Giral piensa dormirnos con píldoras de su invención, ya que es boticario? ¿Qué es eso de que está en condiciones de provocar una rebelión armada en España? Será con tropas extranjeras que procedan de Francia; y en tal caso, ¿quién se las da y a qué precio? ¿En que cabeza cabe que las sanciones económicas no perjudican al pueblo? ¿A quién perjudican entonces, a la constitución geológica del cuaternario?

No es posible comprender cómo ninguno de los interlocutores de Giral le formuló estas preguntas..., aunque no fuera más que para no sentar plaza de tonto ante el ínclito presidente del Gobierno exilado.

Ahora bien; nosotros sacamos de todo esto una moraleja: que desde Francia se amenaza a la tranquilidad interior de España.

Si Giral habla así es porque admite la posibilidad de que se produzca una agresión en el Pirineo; y entonces, ¿quién pone en peligro la paz del mundo? Esto es lo que tienen que meditar los señores de las dos Cámaras británicas, porque esto les interesa a ellos exactamente igual que a nosotros.

13 de mayo de 1946.

ÍNDICE

	PÁGINAS
El Mediterráneo sobre el tapete	7
Los horizontes de la paz	11
La hispanidad y el momento actual	15
La realidad del problema actual	19
El problema del Irán	23
El último defensor del Imperio español	27
En torno a Nuremberg	31
Lo que pudo pasar	35
La agresión	39
La libertad de prensa	43
El «problema español»	47
Guerra de nervios	51
Monsieur d'Aragón ataca España	55
El Comunismo y el Vaticano	59
España y los malditos	63
Los enemigos de España	67
Un sueño	71
El verdadero problema actual	79
Francia y el «problema español»	83
El Día de la Victoria y la situación actual	87
Un pobre lord	91
España y Polonia	95
¿Peligra la paz?	99
Dos palabritas a M. Bonnet	103
Noé y la democracia inorgánica	107
España y la O. N. U.	113
El pacto con el diablo	119
Los Don Oppas del siglo XX	125

COSA

COMEN-
TARIOS
DE UN
ESPAÑOL

F A
3613